

Santa María de Calatayud

Investigación y restauración (2011-2022)

J. Fernando Alegre Arbués y Javier Ibáñez Fernández
(coords. y eds.)



Santa María de Calatayud.

Investigación y restauración

(2011-2022)

J. Fernando Alegre Arbués y Javier Ibáñez Fernández
(coords. y eds.)

Excmo. Ayuntamiento de Calatayud
UNED Calatayud - TRAZA - Gobierno de Aragón
Calatayud-Zaragoza, 2023

Colaboran: Proyecto de Investigación “Los diseños de arquitectura de tradición gótica en la Península Ibérica entre los siglos XVII y XVIII. Inventario y catalogación” (HAR2017-85523-P), Gobierno de Aragón, Universidad de Zaragoza, IPH. Instituto de Patrimonio y Humanidades de la Universidad de Zaragoza, Centro de Estudios Bilbilitanos, Diócesis de Tarazona.

1ª Edición 2023

© de la edición: Excmo. Ayuntamiento de Calatayud, UNED Calatayud, TRAZA. Grupo de Investigación en Arte Medieval y Moderno en Aragón del Gobierno de Aragón (H33-23R).

Los derechos de las imágenes corresponden a las instituciones y a los particulares mencionados en los pies de cada una de ellas

ISBN: 978-84-09-55141-5

Depósito Legal: Z 1932-2023

Cubierta: Detalle de la sección N-S de Santa María de Calatayud [J. Fernando Alegre Arbués (arquitecto), Manuel Pedruelo (delineación), GRUCONTEC].

Maqueta e Imprime: Cometa, S.A.

Este libro es para Gadea

Índice

A modo de introducción: la restauración de la colegiata de Santa María de Calatayud. Encuadre interdisciplinar , J. Fernando Alegre Arbués	9
Santa María de Calatayud en el contexto de la arqueología bilbilitana , José Francisco Casabona Sebastián, Judit Paraíso Sánchez, y José Ignacio Royo Guillén.....	49
La colegiata de Santa María de Calatayud en los periodos medieval y moderno , J. Fernando Alegre Arbués y Javier Ibáñez Fernández.....	93
Nueva luz sobre Gaspar de Villaverde, Gaspar de Santibáñez Salcedo y Ayala (doc. 1593-1622, † 1622) , Javier Ibáñez Fernández y Vanessa Nebra Camacho	159
Santa María de Calatayud y el “falso salón” en el contexto arquitectónico aragonés de los siglos XVII y XVIII , Jorge Martín Marco	387
La restauración de la arquitectura de Santa María de Calatayud , J. Fernando Alegre Arbués	409
Los problemas estructurales de la colegiata de Santa María de Calatayud. Años 2010-2022 , Daniel Orte Ruiz	437
La restauración de la decoración mural y escultórica en Santa María de Calatayud , Raquel Marco Martín	475
Fuentes y bibliografía	501
Anexo gráfico en cuaderno adjunto	

La colegiata de Santa María de Calatayud en los periodos medieval y moderno

J. Fernando ALEGRE ARBUÉS* y Javier IBÁÑEZ FERNÁNDEZ**

Nuestro conocimiento sobre el pasado de Santa María era muy deficiente antes de la restauración acometida entre 2011 y 2022. En efecto, la tradición historiográfica venía señalando la preexistencia de una mezquita en el solar sobre el que se implantó la colegiata,¹ pero carecíamos de cualquier prueba arqueológica o documental que pudiera corroborarlo. Además, las piezas conservadas del periodo medieval, es decir, el claustro bajo, la sala capitular vieja, y los cuerpos inferiores de la torre y el ábside, aunque conocidas y valoradas desde antiguo, e incluso declaradas Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en diciembre de 2001 [fig. 1], no bastaban para establecer las líneas generales de la iglesia, que, consagrada en 1249,² ya debía de haberse concluido cuando se planteó la reforma de su capilla mayor a comienzos de 1254,³ y más aún, cuando se erigió en iglesia mayor de la ciudad —y en parroquia de las familias infanzonas instaladas en ella— en julio de ese mismo año;⁴ un templo, que, con sus lógicas transformaciones, habría de mantenerse en pie hasta la construcción del edificio que ha conseguido llegar hasta nuestros días.

* Arquitecto. Responsable del Plan director para la restauración de la colegiata de Santa María de Calatayud y Director técnico de las obras.

** Catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza.

¹ FUENTE, V. DE LA, *Historia de la siempre augusta y fidelísima ciudad de Calatayud*, vol. 1, Calatayud, Imprenta del Diario, 1880, p. 173; BORRÁS GUALIS, G. M. y LÓPEZ SAMPEDRO, G., *Guía de la ciudad monumental de Calatayud*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural, 1975, p. 49.

² LAFOZ RABAZA, H., *Colección diplomática de Santa María la Mayor de Calatayud*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico” (C.S.I.C.), Excma. Diputación de Zaragoza, 2000, doc. 13, p. 28.

³ García Frontín, obispo de Tarazona (Zaragoza), acordó conceder cuarenta días de indulgencia a quien contribuyera a la modificación del coro —entendido como presbiterio, o capilla mayor— del templo con la intención de instalar un tabernáculo, con su correspondiente frontal, en este espacio, el 3 de febrero de 1254 (FUENTE, V. DE LA, *Historia...*, vol. 1, *op. cit.*, p. 237; LAFOZ RABAZA, H., *Colección diplomática...*, *op. cit.*, doc. 18, pp. 43-44).

⁴ Según Vicente de la Fuente, esta ordenación habría tenido lugar en 1253 (FUENTE, V. DE LA, *Historia...*, vol. 1, *op. cit.*, pp. 242-243, y doc. nº 52, pp. 397-411), y así lo asumimos otros autores (así, por ejemplo, BORRÁS GUALIS, G. M. y LÓPEZ SAMPEDRO, G., *Guía...*, *op. cit.*, p. 49, o IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y ALEGRE ARBUÉS, J. F., *Documentos para la historia de la Colegiata de Santa María de Calatayud*, Calatayud, Centro de Estudios Bilbilitanos, Institución “Fernando el Católico”, 2012, p. 13). Sin embargo, el documento se fecha en julio de 1254 (LAFOZ RABAZA, H., *Colección diplomática...*, *op. cit.*, doc. 17, pp. 31-43).

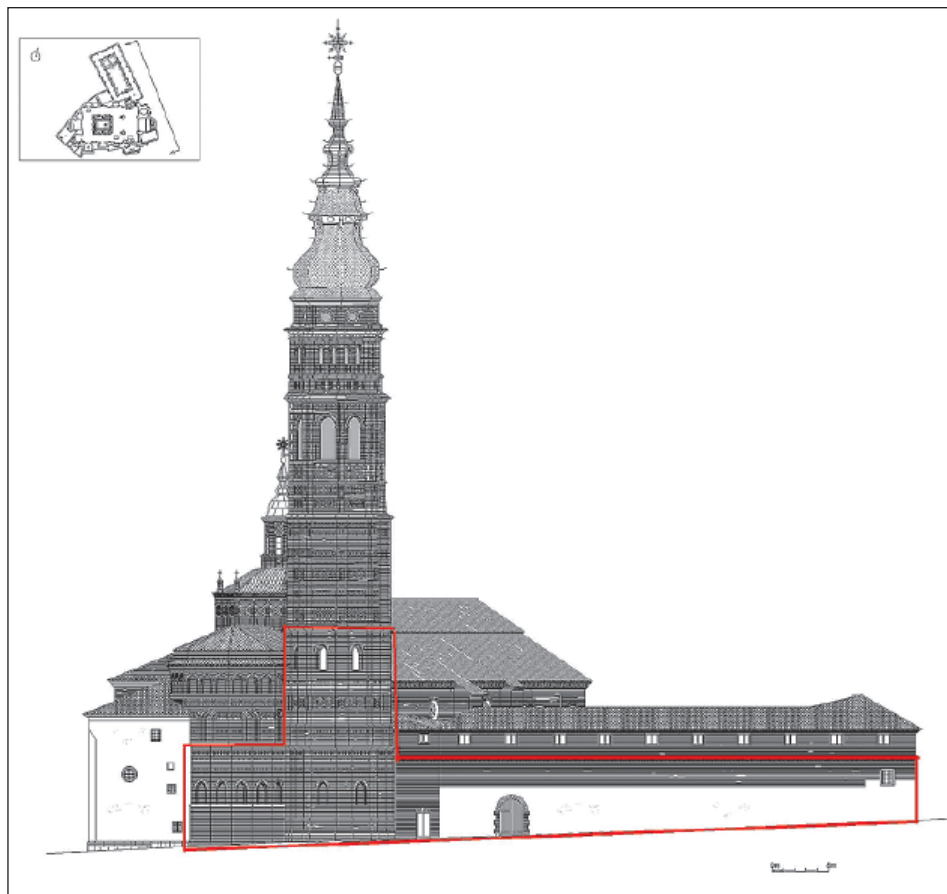


Fig. 1. Alzado oriental de la Colegiata con delimitación de las fábricas subsistentes de cronología medieval.

Los descubrimientos que permitieron determinar que la iglesia de San Pedro de Zuera (Zaragoza) se había construido conforme a un modelo basilical de tres naves,⁵ sirvieron para plantear la posibilidad de que Santa María también se hubiera levantado —con ladrillo— de acuerdo a una solución tipológica similar;⁶ una hipótesis, para

⁵ Sobre la aparición de elementos pertenecientes a la primitiva iglesia zufariense durante la restauración llevada a cabo en 1998, véase SAN MARTÍN MEDINA, A., “Iglesia de San Pedro de Zuera. En los orígenes del mudéjar”, en Criado Mainar, J. (coord.), *Arte mudéjar aragonés. Patrimonio de la Humanidad, Actas del X Coloquio de Arte Aragonés*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, Excma. Diputación de Zaragoza, Departamento de Historia del Arte, Universidad de Zaragoza, 2002, pp. 167-181.

⁶ BORRÁS GUALIS, G. M., “Historia constructiva”, en *La Colegiata de Santa María de Calatayud*, Zaragoza, Vestigium, Universidad de Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2007, pp. 15-27, y pp. 35-41, espec. pp. 16-17.

la que, en todo caso, no parecía necesario acudir al ejemplo proporcionado por la parroquial zufariense, ya que bastaba con atender a la propia realidad bilbiliana. En efecto, si las iglesias de San Andrés y de San Pedro se levantaron conforme a modelos basilicales de tres naves, la de Santa María bien pudo haberse elevado de acuerdo a ese mismo modelo planimétrico.⁷

A todo lo conocido hasta el momento, ahora puede añadirse la información recabada durante el arduo proceso de investigación, que, de acuerdo a la voluntad metodológica que ha inspirado toda la intervención, ha logrado desarrollarse en paralelo a la restauración de Santa María; un trabajo que se ha basado sobre tres pilares fundamentales: la arqueología,⁸ el estudio de la documentación de archivo,⁹ y el análisis exhaustivo de las propias fábricas constructivas, que se ha ido desarrollando gracias a los diferentes medios de los que se ha dispuesto en cada momento, a lo largo de los trabajos de restauración.¹⁰ Los datos reunidos, convenientemente sistematizados y coherentes, han permitido avanzar de manera considerable en el conocimiento, tanto de la primitiva configuración del edificio, como de la evolución que habría de experimentar a lo largo del amplio periodo de tiempo que nos ocupa. Es más, han consentido ofrecer una restitución del templo medieval y renacentista con una expresión gráfica, que, a pesar de su naturaleza, necesariamente esquemática, no ha requerido de demasiados elementos hipotéticos para su confección.

⁷ IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y ALEGRE ARBUÉS, J. F., *Documentos...*, *op. cit.*, pp. 12-25.

⁸ Se reseñan seis campañas arqueológicas de seguimiento de obras, la primera, fue dirigida en 2001 por Octavio Collado Villalba, con motivo de las obras de restauración del claustro. Todas las realizadas posteriormente se inscriben en el proceso que, en base al Plan director, aprobado en 2011, se analiza en el presente curso: 2011, José Delgado Ceamanos, José Ramón Martínez González y Blanca del Real Izquierdo (apeo de la cúpula); 2013, Juan José Cano Martín, David Pérez Gil (consolidación del crucero); 2013, Blanca del Real Izquierdo (cata exterior ábside), 2016, José Luis Cebolla Berlanga (restauración ábside y sacristía); 2022, José Francisco Casabona Sebastián, Judith Paraíso (restauración interior). Sus correspondientes informes, conservados en la Dirección General de Patrimonio del Gobierno de Aragón, figuran siempre adjuntos en los informes de fin de obra del arquitecto director.

⁹ Parte de los resultados proporcionados por el trabajo de archivo se adelantaron en IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y ALEGRE ARBUÉS, J. F., *Documentos...*, *op. cit.*

¹⁰ En efecto, los medios que ha proporcionado cada fase de las obras han facilitado una observación cada vez más extensa, precisa y avisada de cada rincón de la fábrica, por inaccesible o escondido que estuviera. No se ha desperdiciado ocasión, además, de realizar catas en muros, con presencia del arquitecto, del historiador del Arte y la colaboración del arqueólogo, así como de analizar y documentar cuanto elemento murario quedaba temporalmente visto durante las obras. El registro de toda esta información puede seguirse a través de los informes técnicos de obra, y se ha tratado de que su entidad material fuese conservada y, en el caso de tener que ser ocultados, se han documentado en los informes técnicos correspondientes.

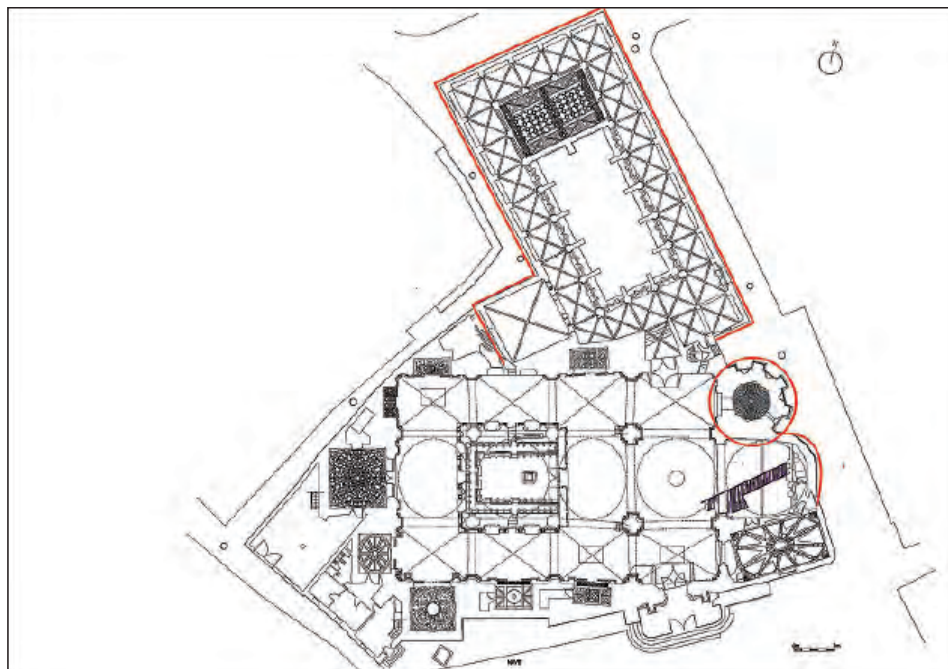


Fig. 2. Planta de la colegiata en su estado actual, con localización en morado, de la estructura subsistente de la posible mezquita, y en rojo, de los elementos reconocibles del periodo medieval.

Preexistencias islámicas

De acuerdo a lo sucedido en otras ciudades, la *jamee masjid*, la mezquita aljama, del viernes, o mezquita mayor de Calatayud también pudo adaptarse al culto cristiano tras la conquista e incorporación de la localidad al reino de Aragón, mediando la eliminación de unos cuantos elementos, la purificación del espacio, y la ejecución de aquellos trabajos que pudieron considerarse como estrictamente necesarios. Desde luego, la existencia del edificio islámico se ha visto confirmada gracias a la aparición de restos muy significativos de su cimentación en la zona del presbiterio; unos hallazgos que vieron la luz durante la última etapa de la restauración, en 2022. Se trata, sobre todo, de un basamento de muro de considerable espesor, trazado en dirección noreste-suroeste, compatible con la orientación de una mezquita, que, a pesar de que el contexto conservado no permite afirmarlo con absoluta rotundidad, es posible que correspondiera a la *qibla* del edificio [fig. 2].

Su orientación coincide con la del claustro, que, significativamente, presenta un giro con respecto a la planta del templo;¹¹ una circunstancia que no parece casual,

¹¹ Agustín Sanniguel elaboró una atractiva hipótesis en 2007, en la que no solo se identificaba la planta, sino la fábrica misma del contorno murario del claustro con la mezquita mayor de Calatayud

y que invita a contemplar la validez del argumento, tradicionalmente defendido por la historiografía, de que la fábrica islámica llegó a condicionar la implantación del claustro cristiano. Sobre este aspecto, tan solo puede señalarse que las únicas excavaciones desarrolladas en este espacio, que se concentraron en su zona noroeste, y se llevaron a cabo en 1999,¹² no consiguieron localizar ningún resto de subestructuras de época islámica. De hecho, tan solo depararon el hallazgo de enterramientos de época cristiana, por lo que no se puede avanzar más al respecto.

Ahora bien, realizada la observación sobre la orientación del claustro, a la vista de lo aparecido ahora puede afirmarse que la implantación de la primera iglesia cristiana no se vio condicionada por la preexistencia de la mezquita, ya que los restos del primer templo medieval que han podido localizarse durante las obras muestran una alineación que se corresponde con la del actual. En este sentido, sin constancia de una desconocida etapa inicial de adaptación de la fábrica islámica, todo indica que la primitiva construcción cristiana se trazó con una orientación diferente, y que la elevación de su cabecera obligó a derribar una parte significativa de lo preexistente. Así parece confirmarlo el hecho de que el potente elemento murario de época islámica haya aparecido bajo los vestigios del ábside del primer templo medieval cristiano, que servirá de base para el que puede contemplarse en la actualidad.

Proceso de identificación, análisis e interpretación de los restos del primer templo cristiano

En esta exposición pretendemos presentar de una forma ordenada aquellos elementos de la iglesia medieval y renacentista, que, localizados en el curso de los trabajos, permiten plantear una hipótesis reconstructiva del templo, y facilitan el trazado de su historia y evolución, desde el comienzo de su edificación, probablemente, a comienzos del siglo XIII, hasta su desaparición, prácticamente completa, cuando se procedió al derribo del grueso de sus fábricas para poder levantar el edificio que puede contemplarse en la actualidad; unas operaciones que debieron de acometerse entre finales del siglo XVI, y comienzos de la centuria siguiente. Con esta intención, ordenaremos los hallazgos operados según los diferentes cuerpos de edificación a los que han resultado pertenecer, tratando de facilitar su comprensión y localización, en primer lugar, sobre el plano realizado al efecto, en el que se graffan, con colores diferenciados, y por etapas constructivas, los restos anteriores al siglo XV [fig. 3].

(SANMIGUEL MATEO, A., *Arte mudéjar en la ciudad de Calatayud*, Calatayud, Centro de Estudios Bilibitanos, Institución "Fernando el Católico, 2007, pp. 42-52).

¹² Estas excavaciones, desarrolladas con motivo de la restauración del claustro, acometida en 2000, fueron dirigidas por el arqueólogo Octavio Collado.

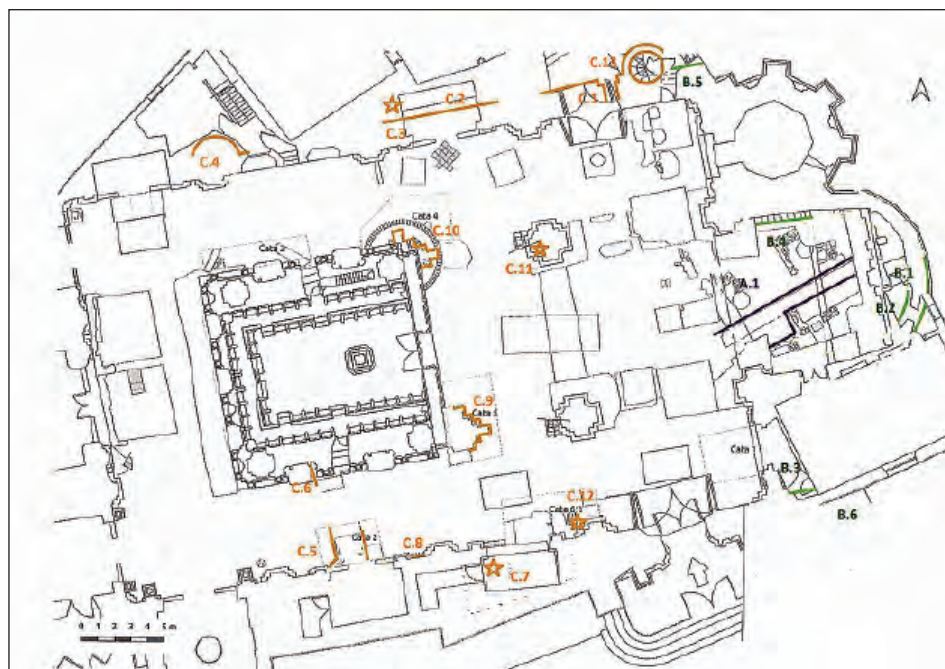


Fig. 3. Planta del templo, procedente del informe arqueológico de José Francisco Casabona y Judith Paraíso, con localización de restos significativos del primitivo templo medieval anterior a la reforma de la cabecera, a principios del Cuatrocientos. En verde, cabecera románica. En ocre, cuerpo de naves.

Los restos más antiguos de la cabecera del templo románico

La cabecera del templo actual conserva elementos muy significativos de época medieval, en concreto, el claustro y los cuerpos bajos del ábside mayor y de la torre campanario, fechados todos ellos a comienzos del siglo XV. Ahora, además, han conseguido localizarse e identificarse toda una serie de vestigios todavía más antiguos, realizados en piedra sillar de alabastro, que, a pesar de su escasa entidad material, resultan lo suficientemente significativos como para demostrar que el primer templo cristiano dispuso de una cabecera triabsidial pétreo, perfectamente orientada, y labrada de acuerdo a unos parámetros estilísticos que hoy consideraríamos románicos.

En efecto, la primitiva fábrica del ábside mayor ha podido reconocerse en cuatro catas, realizadas en diferentes fases de las obras [fig. 4]. La primera, acometida con motivo de la inspección llevada a cabo para conocer el estado en que se encontraba la cimentación del ábside, que tuvo que desarrollarse antes de la consolidación estructural de este elemento, en 2015, deparó el hallazgo de una primera hilada de sillares justo en la cara exterior del ábside actual, a cota inferior con respecto al nivel que presenta la calle Amparados a día de hoy [fig. 3, B.1] [fig. 4a]. Tal y como pudo



Fig. 4. Hallazgos en la cabecera, realizados durante diferentes fases de las obras de restauración: a) Hilada de alabastro perteneciente al ábside románico, conservada en la fábrica posterior de ladrillo en el exterior del ábside central; b) Arranque del ábside románico en el espacio ocupado por la caja de escalera de acceso al archivo capitular; c) Tramo del arranque del ábside meridional, aparecido bajo el acceso a la actual sacristía; d) Fábrica de sillería de alabastro conservada en la zona de acceso al claustro alto, perteneciente al muro septentrional del templo románico; e) Restos de sillares, semicolumnas y cornisas hallados en una zanja, al pie de lo que fue ábside meridional; f) Descubrimiento de la primera hilada del paramento interior del muro norte del ábside central.

observarse, la hilada se levantaba sobre una cimentación de calicanto de 3,50 m de profundidad que venía a definir su traza, y además, servía de base para la fábrica de ladrillo del Cuatrocientos.

Más adelante, el estudio del hueco en el que se había alojado la escalera de acceso al antiguo archivo capitular —que, tendida en el siglo XVIII, y condenada parcialmente desde la restauración de 1969, decidió eliminarse en el curso de las obras de consolidación del ábside central, acometidas en 2016—, y en segundo lugar, la cata realizada tras el retablo mayor coincidiendo con todos estos trabajos [fig. 3, B.2] [fig. 4b],¹³ permitieron descubrir todo un tramo del primitivo ábside románico, de casi dos metros en todo su espesor, realizado con *opus emplectum*, que, dada su solvencia estructural, decidió aprovecharse como punto de apoyo de la nueva escalera-cremallera ideada para continuar garantizando el acceso al que fuera el archivo capitular; un espacio de grandes dimensiones, al que todavía no se le ha otorgado un nuevo uso.

Finalmente, la base de la cara interna del muro del Evangelio apareció en el curso de la excavación acometida en el presbiterio en 2022 [fig. 3, B.4] [fig. 4f]. Su posición, sorprendentemente desplazada unos cincuenta centímetros por delante del paramento actual, hacia el interior de la capilla, permite deducir que el espesor de este muro, solidario con la torre, habría de terminar rebajándose —de manera considerable, además—, en un momento posterior, coincidiendo, probablemente, con el replanteo del nuevo templo clasicista, con la evidente finalidad de ampliar la luz —esto es, la anchura— de la nueva capilla mayor.¹⁴

Localizados en planta, estos restos no dejan lugar a dudas sobre la configuración del primitivo ábside semicircular, cuya cimentación y arranque servirían para levantar el actual, que, en consecuencia, presenta su misma anchura y profundidad.

La existencia del ábside menor del lado de la Epístola también quedó demostrada en la cata realizada bajo el acceso a la actual sacristía en 2016 [fig. 3, B.3] [fig. 4c]. Aprovechando su fábrica, o quizás, tan solo sus cimientos, su espacio se utilizó para habilitar una capilla en el último tercio del siglo XIV. De este oratorio todavía se conserva su acceso, solo que permanece oculto por la obra barroca. Sobre este ámbito aún llegará a construirse otro nuevo, estilísticamente gótico, de planta octogonal, y cerrado mediante una bóveda de terceletes de nueve claves, que acabará demoliendo-

¹³ Sobre todos estos restos hallados en la cabecera del templo durante las obras de 2015-2016, véase ALEGRE ARBUÉS, J. F., IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y CEBOLLA BERLANGA, J. L., “Obras de consolidación y restauración de la sacristía y ábside de la Colegiata de Santa María la Mayor, en Calatayud”, *Informes y trabajos*, 15, 2017, pp. 6-23.

¹⁴ Algo parecido hubo de suceder en la pared del lado del Evangelio de esta misma capilla mayor, donde, por otra parte, no han aparecido restos de piedra sillar. En la zona tras el retablo se hace más evidente el rebaje realizado en el Seiscientos para encajar muy forzosamente el retablo, además de los refuerzos de ladrillo de la restauración de 1968. En consecuencia, no había posibilidad de recuperar más restos del ábside de piedra por su cara interior, lo que hubo ocasión de comprobar tras el desmontaje de los arrimaderos del presbiterio, durante las últimas obras, en 2022.

se para levantar el cuerpo conformado por la sacristía y el antiguo archivo capitular, ya en el siglo XVIII.¹⁵

Frente a lo sucedido con el ábside central, y el del lado de la Epístola, no ha sido posible hallar rastro alguno del correspondiente al lado del Evangelio, ya que la cimentación de la torre, más tardía, debió de arrasarlo por completo, incluidos sus fundamentos. No obstante, en las inmediaciones del lugar en el que pudo levantarse, en el enlace con el muro septentrional del templo, permanece, a cierta altura, bien visible, la cara externa de una fábrica de sillería, idéntica en materiales y formatos a lo descrito hasta ahora, que, teniendo en cuenta su localización sobre la planta actual, pudo corresponder al extremo oriental del muro norte del primer templo cristiano, en su entrega con la cabecera [fig. 3, B.5] [fig. 4d].

Otras piezas de alabastro se hallaron, fuera de contexto, como parte del relleno de una zanja situada al pie de la sacristía actual, muy próxima a la portada [fig. 3, B.6] [fig. 4e]. Además de sillares bien escuadrados y de formato compatible con lo ya examinado, también aparecieron fragmentos de cornisas, e incluso tambores de semicolumnas; unos inconfundibles vestigios de época románica, que, pertenecientes, casi con toda seguridad, a la primitiva cabecera —y probablemente, por una cuestión de proximidad, al ábside de la Epístola—, pudieron desmontarse y enterrarse en ese punto en algún momento de la complejísima historia constructiva de esta parte del edificio.¹⁶

Hallazgos correspondientes al buque del templo medieval

Los restos subsistentes del buque del templo medieval, enteramente edificado con ladrillo, tienen la entidad suficiente como para establecer sus rasgos tipológicos fundamentales y avanzar hipótesis relativas a su volumetría. Todos estos vestigios son rigurosamente inéditos, ya que salieron a la luz en el curso de las catas arqueológicas, y de los análisis de los espacios bajocubierta realizados durante las últimas fases de los trabajos de restauración. Nuestra intención pasa por describir los más significativos, que se localizarán allí donde aparecieron, asociados al elemento de fábrica del que formaron parte, tratando de facilitar su comprensión, y de justificar las conclusiones.

En este sentido, interesa comenzar dando cuenta del hallazgo de toda una serie de elementos situados a lo largo del muro septentrional del templo, frontero entre el

¹⁵ ALEGRE ARBUÉS, J. F., IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y CEBOLLA BERLANGA, J. L., “Obras de consolidación...”, *op. cit.*, pp. 21-23.

¹⁶ El uso de la sillería de alabastro en construcciones románicas localizadas en el valle medio del Ebro y afluentes no resulta infrecuente, estudiados, por el momento, en los casos de la colegiata de Borja y las iglesias de Novillas y Mallén. Véase en HERNANDO SEBASTIÁN, P. L., “Uso y procedencia del alabastro en la arquitectura medieval aragonesa. El ejemplo de las iglesias de Mallén, Novillas y Borja”, en Morte García, C. (coord.), *Usos artísticos del alabastro y procedencia del material, Actas del I Congreso Internacional*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018, pp. 309-316. Para el caso de Mallén, ahora también, ALEGRE ARBUÉS, J. F., ROYO RUEDA, J. e IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., *El templo de alabastro. Historia constructiva de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles en Mallén*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, Ayuntamiento de Mallén, 2022, pp. 11-20.



Fig. 5. Hallazgos relacionados con la fábrica de ladrillo del cuerpo de naves del primitivo templo medieval: a) Cara exterior del ventanal correspondiente al muro del transepto norte, descubierta en el espacio bajo-cubierta del claustro; b) Tramo superior de la torre-contrafuerte que se situaba en el extremo norte del hastial occidental de la iglesia medieval; c) Aspecto de la fábrica medieval del transepto norte conservada hasta una altura de doce metros en el espacio bajo-cubierta del claustro; d) Tramo intermedio de la torre-contrafuerte situada en el extremo norte del hastial occidental; e) Arranque de la torre-contrafuerte que se situaba en el extremo sur del hastial occidental y ha aparecido bajo el acceso a la capilla de san Paterno; f) Arranque de un tramo del hastial occidental, aparecido bajo el trascoro actual.

cuerpo de naves y el claustro —y en algún caso, dispuestos a una altura considerable—, que vienen a confirmar que toda esta fábrica formó parte del edificio medieval, y que, habida cuenta su robustez y buena construcción, así como su condición de límite con el claustro —que decidió conservarse—, terminó reutilizándose en la construcción del templo que ha llegado hasta nosotros.

Así, por ejemplo, la inspección de las fábricas permitió localizar una ventana completa, perteneciente, a todas luces, al periodo medieval, en la zona del bajocubierta de la crujía meridional del claustro, en correspondencia con el transepto norte de la iglesia [fig. 3, C.1] [fig. 5a]. Se hallaba totalmente macizada, pero una arista vertical de su jamba derecha permitía presumir su existencia. Su situación, por debajo, y ligeramente desplazada hacia la derecha con respecto a la actual —cuya apertura obligó a mutilar, al menos parcialmente, el arco que la cerraba—, resulta perfectamente compatible con un vano de fachada, que pudo corresponder tanto a la nave del Evangelio, cuanto al extremo del brazo septentrional del crucero del primitivo templo medieval. La cata allí realizada, consistente en el destapiado parcial del ventanal, no revistió especial complicación, ya que la fábrica primitiva de ladrillo podía distinguirse con absoluta nitidez del posterior relleno de mampostería de yeso. De igual manera, las dimensiones, e incluso el diseño del vano, pudieron determinarse con total fiabilidad, ya que, salvo una parte de su rosca exterior, se halló prácticamente completo [figs. 6a y 6b]. Presentaba unas jambas sin derrames, y se cerraba mediante un arco de medio punto doblado, y aunque no fue posible precisar su perfil interior, su gran similitud con los ventanales descubiertos en la cercana iglesia de San Andrés en 2009 [figs. 6c y 6d], permite suponer que tampoco dispuso de molduras o recercados.

De igual manera, debe reconocerse que venía llamando la atención la forma del contrafuerte situado entre la capilla de la Piedad y el órgano, que emergía sobre las cubiertas laterales de la colegial [fig. 3, C.4] [fig. 5b]. Tanto su sección curva, como los restos de una cornisilla que lo coronaba, invitaban a considerarlo un elemento preexistente, por lo que se investigó tras las tabiquerías del cuarto del organero, observándose que la sección semicircular continuaba, y lo que es más importante, entregaba en el muro norte por un extremo, y lo hacía con el mismo tipo de fábrica de ladrillo que ya podía reconocerse como medieval [fig. 5d].

Realizados todos estos hallazgos, se procedió a practicar una cata por la parte superior, bajo la actual cobertura de teja, y aunque no lograron reconocerse estructuras concretas, pudieron distinguirse —con toda claridad, además—, partes de fábrica de ladrillo solidarias con el semicírculo exterior, así como zonas con relleno de cascote con yeso, lo que permite deducir que se trataba de una torre-contrafuerte, que albergaba una escalera en su interior, macizada con posterioridad.

Esta identificación invita a reconsiderar la verdadera naturaleza de otra pieza, que, no por encontrarse a la vista, y en perfecto uso, debe pasar desapercibida. Se trata de la escalera utilizada para acceder al sobreclaustro y al campanario a día de hoy, que presenta las mismas dimensiones y el mismo tipo de fábrica que la anterior, y que, a la luz de todos los descubrimientos realizados, puede identificarse como una nueva torre-escalera [fig. 3, C.13] [fig. 7].

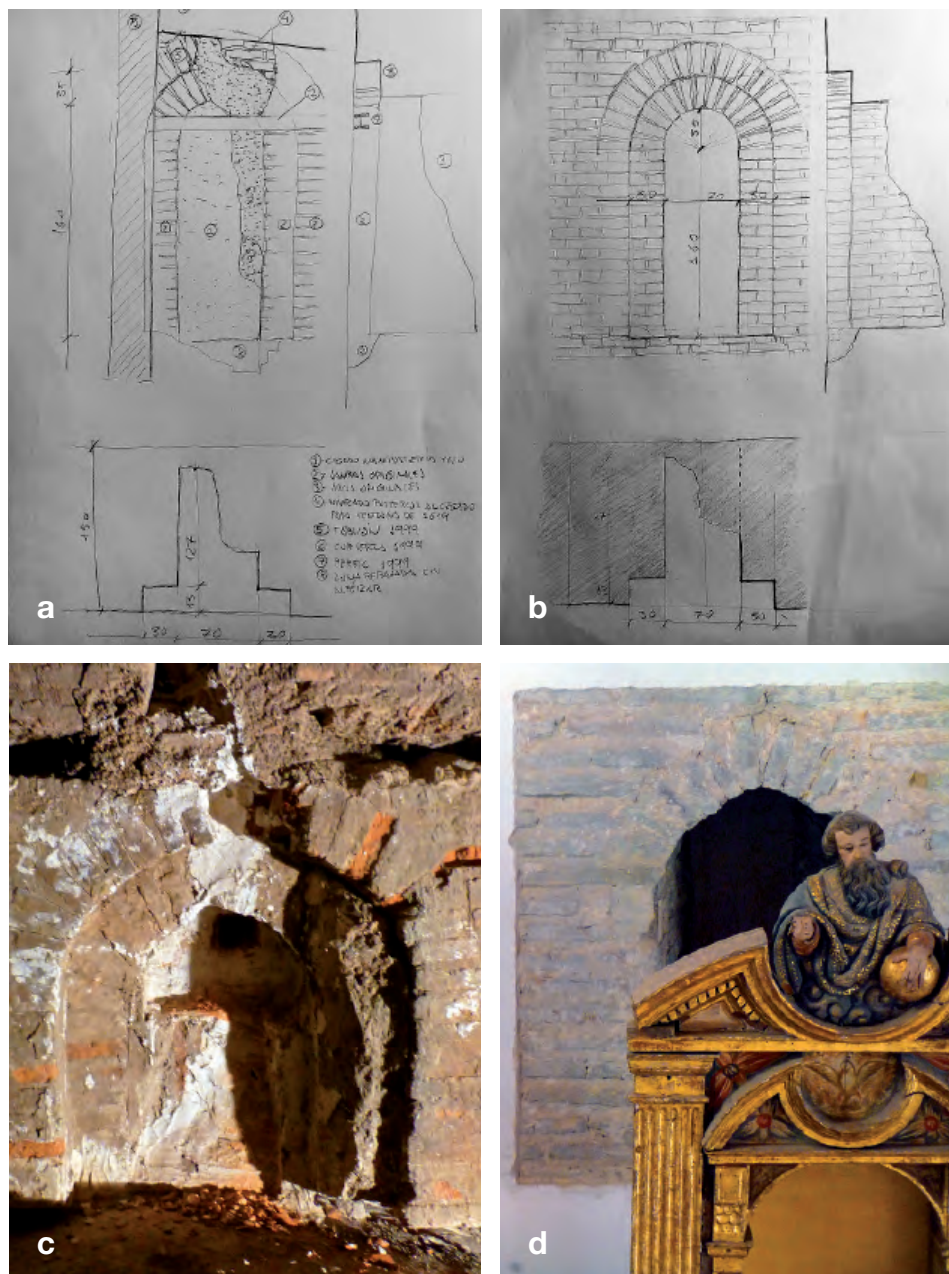


Fig. 6. Estudio del ventanal del transepto norte: a) Croquis del estado actual; b) Croquis de la restitución; c) Cara exterior de un ventanal hallado en el muro norte de la iglesia de San Andrés, en Calatayud; d) Cara interior de un ventanal, también hallado en el muro norte de la iglesia de San Andrés.



Fig. 7. Desarrollo interior de la escalera que actualmente sirve de acceso de acceso a la torre-campanario, adosada al muro norte del templo.



Fig. 8. Solución dada en el contrafuerte del siglo XVII al paso o acceso desde una probable torre-contrafuerte perteneciente a la fábrica medieval del muro norte, más adelantada. La falsa bóveda de ladrillo se apoya en las estructuras medievales del muro norte (a la izquierda) y de la sala capitular vieja (derecha).

También cabe describir, en esta misma zona del bajocubierta, la extraña manera en que se levantó el contrafuerte dispuesto entre el órgano y la capilla de la Purísima en el curso de la construcción de la nueva iglesia colegial en los primeros años del Seiscientos [fig. 3, C.3] [fig. 8]. En efecto, este estribo se elevó sobre dos elementos medievales, el muro septentrional del templo y una de las paredes de la antigua sala capitular, dejando un hueco en su base mediante una suerte de bóveda por aproximación de hiladas. Esta intervención resulta muy difícil de interpretar en el contexto actual, pero es posible que se encuentre en relación —y permita comprender mejor— la primitiva configuración del templo medieval, ya que pudo realizarse para salvar el ancho de paso, o incluso el acceso a todos estos espacios —que pudieron utilizarse a lo largo de la Edad Moderna—, desde una pequeña escalera, lo que invita a considerar la posibilidad de que hubiera existido otra torre-contrafuerte en esta misma localización.

De igual manera, también interesa reportar el hallazgo de la base de una nueva torre-contrafuerte, idéntica en sección horizontal a la anteriormente descrita [fig. 3, C.4], que apareció, de manera fragmentaria, justo enfrente, en el extremo opuesto del muro meridional, al pie de la portada de San Paterno, bajo el nivel actual del pavimento [fig. 3, C.5] [fig. 5e]. En este caso, apareció unida a un potente muro trazado en dirección norte-sur al que pertenece otro tramo, excavado bajo el trascoro [fig. 3, C.6] [fig. 5f], que presenta una cierta oblicuidad con respecto a la trama de los muros actuales, y se dirige hacia el lado norte para cerrar el recinto, por lo que todo parece indicar que se trata del hastial occidental de la iglesia medieval.

Asimismo, también pudo constatar, que, a pesar de haber sufrido importantes modificaciones, derribos y sustituciones, en ocasiones, sumamente drásticas, el tramo más occidental del muro sur también conserva la fábrica medieval. Cajeadado casi por completo al exterior en el curso de las restauraciones operadas en los años setenta del siglo pasado, presenta su faz interior totalmente enmascarada por la decoración. No obstante, se muestra seccionado verticalmente en el sorprendente espacio vacío que existe sobre la capilla de la Virgen Blanca [fig. 3, C.7] [fig. 9d]. Allí aparece en una secuencia constructiva en la que también pueden reconocerse tanto la reconstrucción del contrafuerte en el siglo XVII, como el cierre —evidentemente, posterior— de todo este espacio, en el que se distinguen las improntas de dos cubiertas diferentes, sucesivas, anteriores a la actual.

También se ha encontrado un vano tapiado en una localización inmediata a ese muro medieval seccionado, frontera con la nave, que, tal y como sucede con lo observado en el muro septentrional [fig. 3, C.3], sugiere la existencia, en algún momento de su historia, de un acceso vertical, hoy desaparecido, pero compatible con la posición de una de las torres-contrafuerte medievales. Otros restos del muro sur permiten descubrir que el cierre meridional de la primitiva colegiata venía a coincidir con el actual [fig. 3, C.8 y C.12] [fig. 9f], y que su grosor pudo aprovecharse para habilitar capillas hornacina, o arcosolios. Así parece evidenciarlo el hallazgo de un estrechamiento de la sección de la fábrica de ladrillo en un tramo correspondiente al centro del vano; una alteración que pudo registrarse gracias a una cata arqueológica realizada bajo la capilla de San Paterno [fig. 9e].



Fig. 9. Hallazgos relacionados con las estructuras interiores y el muro meridional del templo medieval: a) Arranque de un pilar cruciforme; b) Arranque de pilar cruciforme con evidencia de un antiguo refuerzo en su cimentación; c) Restos de un pilar del crucero, embebidos en la cimentación de uno de los pilares torales del siglo XVII y hallados durante las obras de consolidación; d) Muro medieval seccionado, al que se adosa un contrafuerte del siglo XVII, visibles en el espacio bajocubierto de la capilla de la Virgen Blanca; e) Cata arqueológica bajo el pavimento de la capilla de la Virgen Blanca, donde se aprecia un estrechamiento del muro medieval de fábrica de ladrillo, compatible con un arcosolio o capilla; f) Resto muy incompleto de una pilastra interior del muro sur.

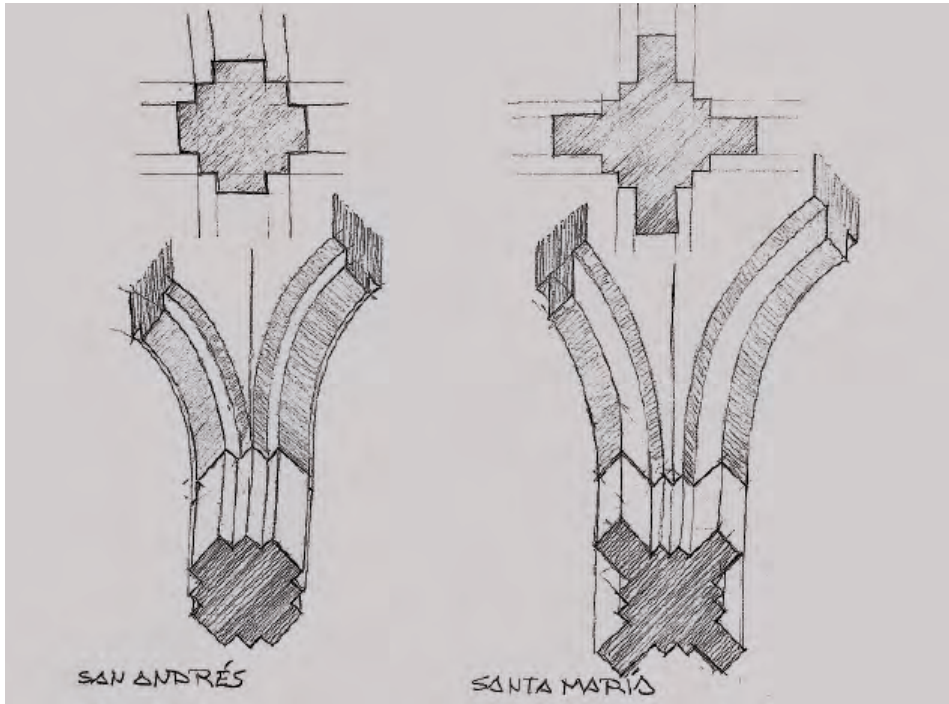


Fig. 10. Pilares cruciformes y generación de las arcuaciones en la iglesia de San Andrés y la colegiata de Santa María de Calatayud. Croquis comparativo.

Especialmente relevantes resultan los vestigios hallados junto a los dos pilares entre los que se dispuso la reja de acceso al coro, que permitieron descubrir, en un buen estado de conservación, las primeras hiladas de lo que fueron dos pilares cruciformes de ladrillo [fig. 3, C.9 y C.10] [figs. 9a y 9b], que venían a definir, sin ningún género de dudas, la existencia de una nave central y dos laterales, en correspondencia con lo visto en la cabecera; por lo que, al margen de las evidentes diferencias constructivas que presentaban, resultaba evidente que formaron parte del mismo edificio.

La sección horizontal de estos pilares invita a contemplar la posibilidad de que hubieran servido para el volteo, tanto de arcos formeros, como de otros, perpiaños, transversales a las naves, solo que de un mismo perfil, doblados mediante una arquivolta. El análisis de todos estos restos a la luz de los vestigios correspondientes a la fábrica más antigua de la iglesia de San Andrés de Calatayud, que, además de conservar casi todo el desarrollo vertical, podrían corresponder a un contexto cronológico muy similar [fig. 10], permite descubrir, que, en el caso de San Andrés, los pilares presentan una sección más sencilla, y un alzado compatible con el volteo, tanto de formeros, como de perpiaños, aunque todo parece indicar que estos últimos tan solo llegaron a tenderse sobre las naves laterales, dado que la central se cubrió con una armadura atirantada.

De los dos pilares encontrados en Santa María, el situado al norte [fig. 3, C.10] [fig. 9b], apareció con la cimentación reforzada mediante una pared circular que la rodeaba a modo de zuncho; una actuación que pudo obedecer a movimientos de asiento o de vuelco en el apoyo, y que quizás deba relacionarse con otros indicios aparecidos en ese mismo tramo de la nave de la Epístola, en concreto, toda una serie de cimentaciones bastante superficiales, y con trazados oblicuos, que pudieron realizarse como apoyo de algún apeo estructural cuando aún pervivía la fábrica medieval.

Las estructuras apilastradas de ladrillo localizadas bajo el pilar toral septentrional, que se encontraron embutidas en su zapata de cimentación en 2013, se consideraron entonces restos medievales reutilizados como relleno, y fuera de su contexto original [fig. 3, C.11] [fig. 9c]. No obstante, el descubrimiento posterior de las bases de los dos pilares *in situ*, permitirá la identificación de todos estos vestigios con fragmentos de los primitivos soportes, que, tal y como sucede con un resto de pilastra aparecido en el muro meridional [fig. 3, C.12] [fig. 9f], pudieron sufrir importantes alteraciones a consecuencia de las demoliciones que tuvieron que acometerse para construir la nueva colegiata entre finales del siglo XVI, y los primeros compases del Seiscientos.

No es posible describir con precisión el estado en el que podía encontrarse el templo a comienzos del Cuatrocientos, justo antes de que se emprendiera la gran reforma de la cabecera, de cuyo resultado aún quedan importantes vestigios. No obstante, los restos descritos permiten recomponer a grandes rasgos lo que hubo de ser el primitivo edificio medieval [fig. 11]. Lo integraban dos cuerpos de fábrica de diferente naturaleza constructiva, pertenecientes a etapas distintas, sucesivas, pero coherentes en su conjunto desde el punto de vista tipológico. Tal y como se viene exponiendo, la iglesia disponía de una cabecera construida con piedra sillar de alabastro, compuesta por tres ábsides, de cuya existencia no cabe ninguna duda, por lo menos, en lo que se refiere al central y al del lado de la Epístola. En correspondencia con este testero, el buque del templo, levantado con ladrillo, estaba conformado por dos cuerpos: un primer módulo basilical de tres naves, de tan solo dos tramos cada una, de las cuales, la central era más ancha que las laterales, y en segundo lugar, un transepto, ajustado a planta, cuya encrucijada presentaba un perfil de planta prácticamente cuadrada.

En cuanto a su desarrollo en altura, todo parece indicar que el espesor, tanto de los pilares, cuanto de los muros, habría permitido cubrir el módulo basilical de naves con bóvedas de ladrillo, pero debe subrayarse que no existe indicio alguno de que llegara a cerrarse de este modo. Es más, es dudoso que así fuera, cuando otros edificios, de una significación parecida, sino mayor, como la catedral de Jaca (Huesca), o incluso, la de Zaragoza, comenzaron por cubrirse con madera, y solo se abovedaron en otras etapas constructivas posteriores, que pudieron acometerse a lo largo de la Edad Media, como en el caso de la Seo cesaraugustana,¹⁷ o incluso más tarde todavía,

¹⁷ IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y ANDRÉS CASABÓN, J., *La catedral de Zaragoza de la Baja Edad Media al Primer Quinientos. Estudio documental y artístico*, Zaragoza, Fundación Teresa de Jesús y Cabildo Metropolitano de Zaragoza, 2016, pp. 41-42.

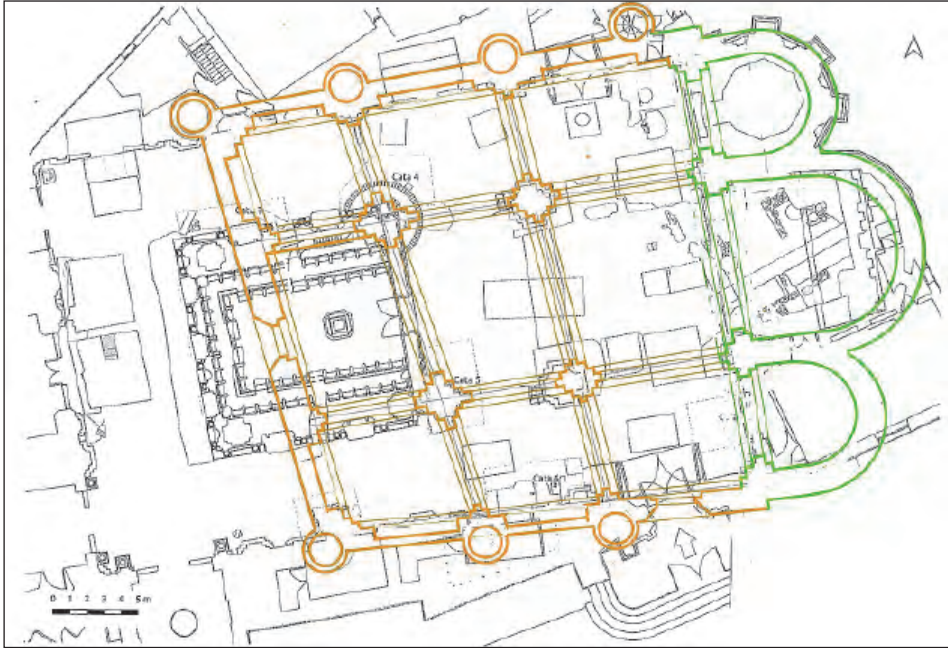


Fig. 11. Reconstrucción en planta de la colegiata medieval, con la cabecera románica y el cuerpo de naves, correspondiente a una etapa posterior, incluyendo la hipótesis de las torres-contrafuerte, en el estado que presentarían en el siglo XIV, anterior a la reforma de la cabecera, promovida al comienzo de la centuria siguiente.

como en el caso del primer templo jaqués, cuyas naves laterales se abovedaron bajo la dirección de Juan de Segura entre 1520 y 1530, mientras que el cerramiento de su nave central, contratado con Juan de Bescós bastantes años más tarde, en 1589, no llegará a culminarse hasta los últimos compases del Quinientos.¹⁸

¹⁸ IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., “Una aproximación a las artes en la Jacetania entre el Gótico y el Renacimiento”, en Ona González, J. L. y Sánchez Lanaspá, S. (coords.), *Comarca de La Jacetania*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, Departamento de Presidencia y Relaciones Institucionales, 2004, pp. 151-170, espec. pp. 152-153, y p. 160; en IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., “La arquitectura en el reino de Aragón entre el Gótico y el Renacimiento: inercias, novedades y soluciones propias”, *Artigrama*, 23, 2008b, y en Álvaro Zamora, M^a I. e Ibáñez Fernández, J. (coords.), *La arquitectura en la Corona de Aragón entre el Gótico y el Renacimiento*, Zaragoza, Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, Fundación Tarazona Monumental, 2009a, pp. 39-95, espec. pp. 56-57. El estudio monográfico del abovedamiento de la nave central, en GÓMEZ DE VALENZUELA, M., “Las bóvedas de la nave central y el retablo mayor de la catedral de Jaca. Estudio documental”, en Álvaro Zamora, M^a I., Lomba Serrano, C. y Pano Gracia, J. L. (coords.), *Estudios de Historia del Arte. Libro homenaje a Gonzalo M. Borrás Gualis*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, Instituto de Estudios Turoenses, Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, 2013, pp. 371-383.

En este mismo sentido, también interesa acudir a la iglesia de San Andrés de Calatayud [fig. 12], e incluso a la parroquial de Paracuellos de Jiloca (Zaragoza), levantada en la misma comarca bilbiliana. Desde luego, las estructuras medievales que conserva la primera, que pudieron realizarse en el mismo contexto cronológico que las que estamos estudiando en Santa María, permiten deducir que su nave central se cubrió con una armadura de madera, mientras que sus laterales se cerraron con unas cubiertas en colgadizo, inclinadas a una sola agua o vertiente, y aunque resulta arriesgado proponer una relación tipológica absoluta entre los dos templos, la realidad es que los pilares cruciformes utilizados en ambos casos sugieren sistemas de arcos doblados, y además, son compatibles con cubiertas de madera.

Por otra parte, la conservación del ventanal del transepto norte permite una cierta aproximación al desarrollo vertical del templo medieval, que debió de ser algo más bajo que el actual [fig. 13], y el conjunto de indicios descritos permite sugerir una imagen aproximada del aspecto que pudo ofrecer su interior en el siglo XIV [fig. 14]. Obviamente, desconocemos el perfil de los arcos —esto es, si eran de medio punto, tímidos o apuntados—, por lo que, de forma intencionada, se han representado de forma diferente en la sección y en la perspectiva croquizada. Tampoco se conoce la solución otorgada a los cierres del crucero y de la capilla mayor, por lo que el primero se ha representado como un espacio transversal diáfano, mientras que en la plasmación de la segunda, se ha optado por anticipar la forma en que pudo reconstruirse la fábrica, ya a principios del Cuatrocientos.

En base a los datos proporcionados por la arqueología con respecto a la obra románica de otras dos iglesias bilbilitanas de origen medieval, la de Santiago, lamentablemente desaparecida, y la de San Pedro de los Francos, completamente reconstruida en el periodo gótico,¹⁹ el escaso desarrollo longitudinal del módulo basilical que se advierte en Santa María no parece resultar un hecho aislado, al menos en el contexto más inmediato.

Por otra parte, el hecho de que una iglesia comenzada con piedra sillar en el periodo románico se continuara con fábrica de ladrillo en una etapa ligeramente posterior, con variaciones técnicas y formales asociadas al empleo de mano de obra local, y al mantenimiento de ciertas pervivencias de tradición islámica,²⁰ también puede observarse en diferentes ejemplos de la cercana ciudad de Daroca (Zaragoza), así como en el caso de la iglesia de San Pedro de Zuera,²¹ cuyos restos medievales se venían

¹⁹ CEBOLLA BERLANGA, J. L., ROYO GUILLÉN, J. I. y REY LANASPA, J., *La arqueología urbana en Calatayud (1979-1997): datos para una síntesis*, Calatayud, Ayuntamiento de Calatayud, Centro de Estudios Bilbilitanos, 1997.

²⁰ Torres Balbás relacionó este hecho, a propósito de la evolución constructiva de varias iglesias de Daroca, con los procesos de reconstrucción que tuvieron lugar tras la llamada Guerra de lo Pedros (1356-1369) [TORRES BALBÁS, L., “La arquitectura mudéjar en Aragón. Las iglesias de Daroca”, *Archivo Español de Arte*, 25, 1952, pp. 209-221].

²¹ SAN MARTÍN MEDINA, A., “Iglesia de San Pedro de Zuera...”, *op. cit.*, pp.167-181.

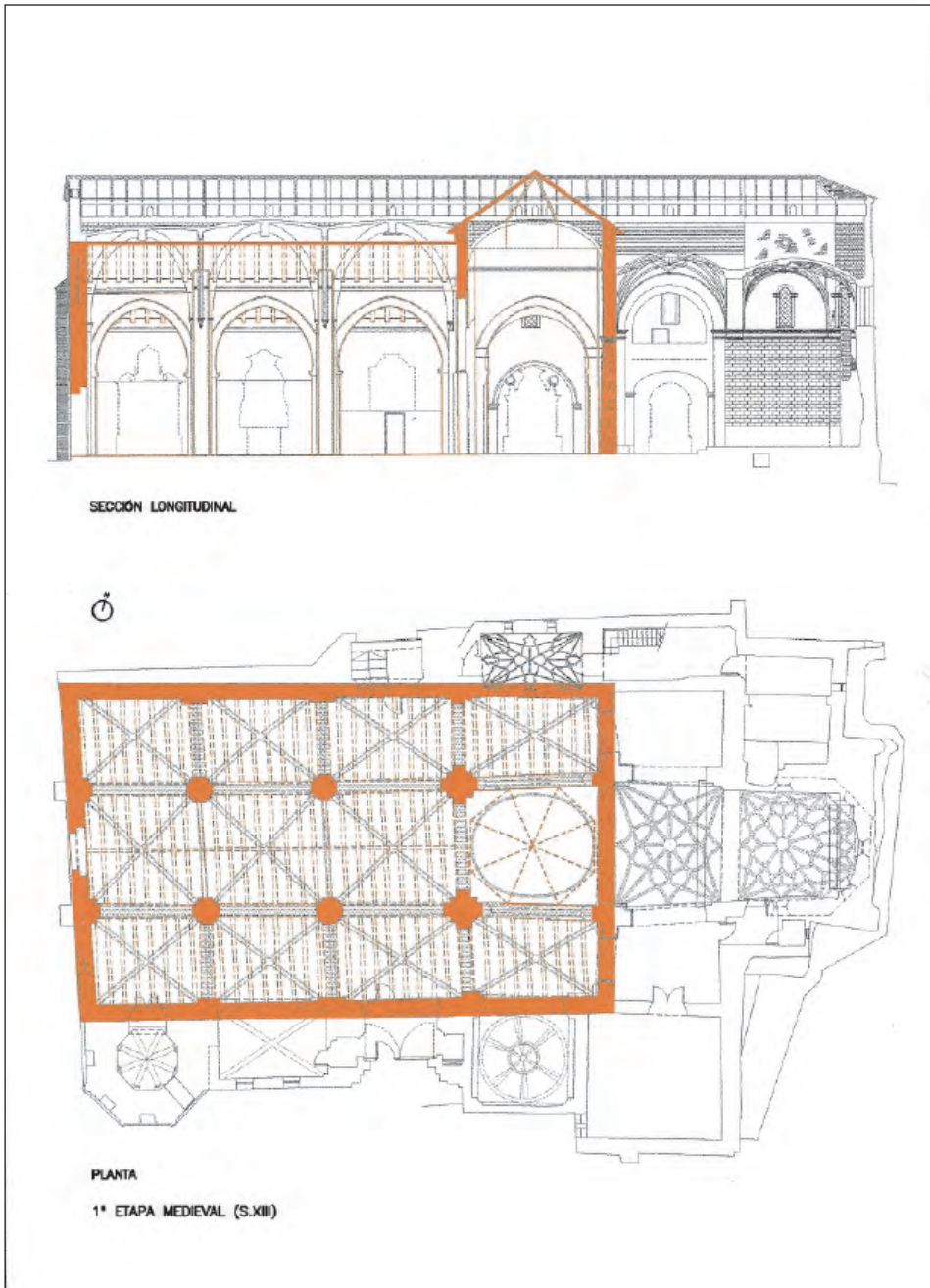


Fig. 12. Iglesia de San Andrés, en Calatayud. Hipótesis reconstructiva del templo primitivo, superpuesta a su estado actual, en planta y sección longitudinal. Se ha omitido un probable cuerpo de cabecera del que no apareció resto arqueológico concluyente, debido a las ampliaciones posteriores y la práctica de enterramientos.

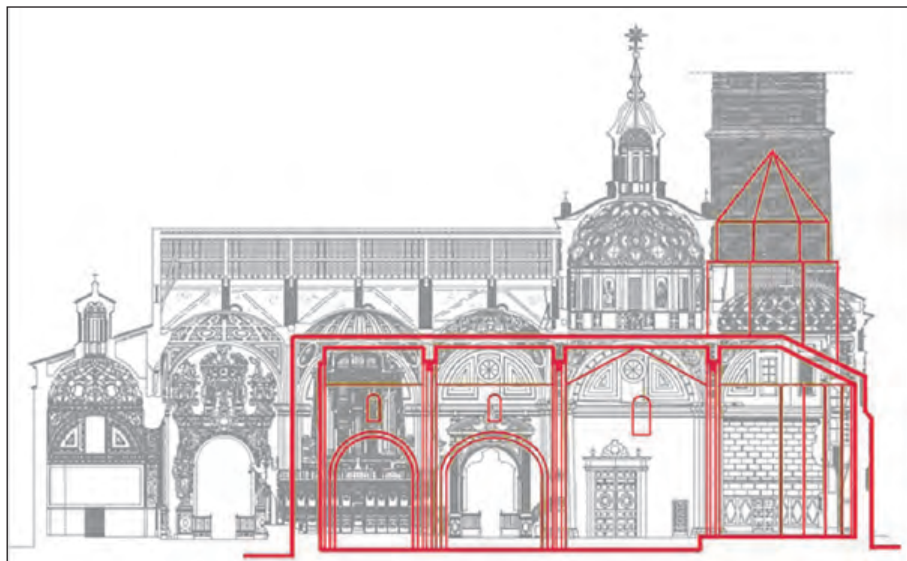


Fig. 13. Hipótesis reconstructiva en sección longitudinal de la primitiva colegiata de Santa María, con representación de la cabecera, tras la intervención de principios del Cuatrocientos. Se ha representado el transepto como un espacio diáfano transversal, como posible alternativa al sugerido por la planta de la figura 11, que sugiere la necesidad de imaginar un cuerpo elevado sobre su encrucijada.



Fig. 14. Reconstrucción del interior del cuerpo de naves, hacia el oeste. El perfil apuntado de los arcos propone una posible alternativa a lo representado en la figura 13.

relacionando con Santa María de Calatayud desde su descubrimiento.²² Los hallazgos operados en el curso de las últimas fases de los trabajos, en 2022, abundan en esa relación, e incluso la utilización de arcos doblados de ladrillo, como en el caso de San Andrés,²³ parece reforzarla. De igual manera, conviene prestar atención a las ventanas aparecidas durante las obras realizadas en esta iglesia en 2015 [figs. 6c y 6d], debido a que presentan, a una escala ligeramente menor, rasgos idénticos a la de Santa María, ya que también cuentan con unas jambas sin derrame, y se cierran mediante un arco de medio punto doblado realizado con ladrillo.

Poco más puede aportarse sobre aspectos formales del interior del templo, aunque los escasos restos decorativos encontrados entre los rellenos de pavimentos, en concreto, dos fragmentos de yeserías, resultan muy sugerentes. Uno de ellos perteneció a un enlucido agramilado, y presenta un motivo de lazo mixtilíneo, que, tal y como vendrían a demostrar otros ejemplos conservados, tanto en la iglesia de San Pablo de Zaragoza, como en otros templos de la comunidad de Calatayud, debió de ser muy frecuente entre finales del siglo XIV, y comienzos de la centuria siguiente [fig. 15f].²⁴ El segundo es un fragmento de perfil lobulado [fig. 15g], que perteneció, sin lugar a dudas, al intradós de un arco, lo que permite aventurar la posibilidad de que el interior del templo hubiera contado con una decoración de yeserías, realizadas en este mismo contexto cronológico.

En cuanto al exterior, los elementos encontrados permiten proponer una cierta aproximación a su volumetría general, aunque la hipótesis se torna más insegura en el momento en el que se afronta la realización de una propuesta dibujada, que obliga a definir aspectos imposibles de contrastar a partir de los materiales que han conseguido reunirse [fig. 16]. El perfil escalonado de la nave central y las laterales, notablemente más bajas y estrechas, así como la presencia de las torres-contrafuerte en las esquinas

²² BORRÁS GUALIS, G. M., *Arte Mudéjar Aragonés*, vol. 1, Zaragoza, Prames, 2008, p. 204.

²³ La iglesia de San Andrés de Calatayud no ha sido objeto, por el momento, de un estudio monográfico que presente su evolución constructiva en base al estudio documental y al análisis de los datos obtenidos sobre sus fábricas con ocasión de las obras de restauración emprendidas en 2011 y todavía no terminadas. Por el momento, hemos podido avanzar una hipótesis reconstructiva del edificio inicial (segunda mitad del siglo XIII o primera mitad del siglo XIV) y presentar algunos elementos inéditos pertenecientes a esta etapa, como varias ventanas a las que nos referimos en ALEGRE ARBUÉS, J. F., IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y MARCO MARTÍN, R., “El proceso de restauración de la capilla bautismal de San Andrés, en Calatayud”, en *Actas del IX Encuentro de Estudios Bilbilitanos*, Calatayud, Centro de Estudios Bilbilitanos, Institución “Fernando el Católico”, 2016, vol. 2, 701-716; ALEGRE ARBUÉS, J. F., “El patronazgo de mosén Juan Antonio Sánchez: una hoja suelta del periodo barroco en la iglesia de San Andrés, en Calatayud”, en Ibáñez Fernández, J. (coord. y ed.), *Del mecenazgo a las nuevas formas de promoción artística, Actas del XIV Coloquio de Arte Aragonés*, Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 2017, pp. 373-396, espec. p. 377.

²⁴ IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., “Les revêtements picturaux de l’architecture espagnole du premier ‘Quinientos’: le cas aragonais”, en Biget, J-L. (éd.), *Sainte-Cécile d’Albi et le décor peint à la première Renaissance*, Portet-sur-Garonne-Albi, Éditions midi-pyrénéennes, Archives et Patrimoine, Archives départementales du Tarn, 2015, pp. 52-67, espec. pp. 53-54.



Fig. 15. Restos constructivos y decorativos hallados durante las excavaciones arqueológicas: a) Alfardones vidriados de Manises, procedentes de la capilla del siglo XV alojada en el ábside meridional; b) Cinta de alfardones y piezas triangulares, conservados *in situ* en la solería de yeso de dicha capilla; c) Azulejo de Manises, hallado en relleno bajo pavimento; d) Ladrillos aplanillados pertenecientes a una nervadura de bóveda gótica; e) Pieza de yeso estructural, perteneciente a una nervadura; f) Fragmento de enlucido de yeso con decoración agramilada, procedente de los revestimientos interiores de los siglos XIV o XV; g) Fragmento de intradós lobulado, perteneciente a la decoración de yeso de un arco.

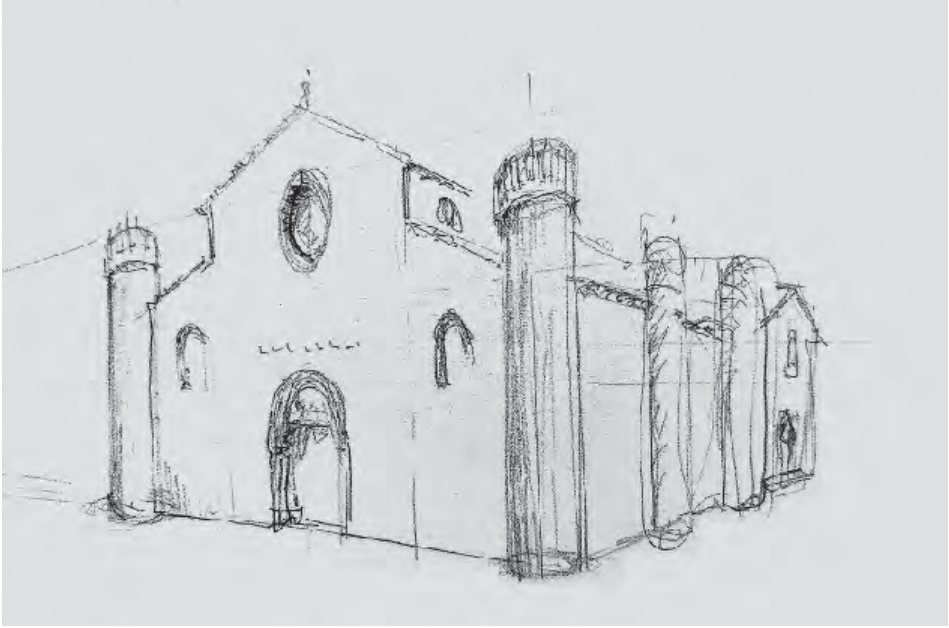


Fig. 16. Aspecto exterior hipotético de la colegiata en el periodo medieval. Croquis.

—y probablemente, también, en los flancos norte y sur—, son trazas seguras. Por el contrario, resulta sumamente complicado precisar si los contrafuertes y los muros perimetrales del edificio se coronaron con soluciones almenadas, o si se cerraron mediante simples cornisas de ladrillo, por lo que, a pesar de las sugerentes relaciones formales que podrían establecerse con otras arquitecturas mucho mejor conocidas, no puede determinarse si el edificio llegó a ofrecer un aspecto encastillado.²⁵

Todavía queda mucho camino por recorrer, y tan solo cabe esperar que el avance en el conocimiento de toda esta arquitectura construida con ladrillo en tierras aragonesas a lo largo de la Baja Edad Media, permita determinar con absoluta certeza, si, por ejemplo, cabría situar en Santa María el antecedente de determinados elementos, como la torre-contrafuerte, que habrá de experimentar un desarrollo extraordinario en la construcción de las llamadas “iglesias-fortaleza”, sobre todo, a partir del último tercio del siglo XIV.

²⁵ Desde luego, la presencia de escaleras helicoidales contenidas en pequeñas torres cilíndricas se encuentra en diferentes ejemplos románicos —Notre-Dame la Grande de Poitiers, San Martín de Frómista—, así como en otros edificios, más o menos distantes en el espacio y en el tiempo. Así, por ejemplo, se observa en la catedral de Santa Cecilia de Albi, en las iglesias napolitanas del periodo angevino, tal como se representan en la Tavola Strozzi, e incluso en algunas ermitas manuelinas del Algarve portugués, particularmente, flanqueando los hastiales occidentales, tal y como ha podido documentarse en el caso de Santa María. No obstante, se trata de simples semejanzas formales, que no bastan por sí solas para fundamentar ninguna argumentación.

La intervención en la cabecera del templo a comienzos del Cuatrocientos

Junto a la reconstrucción del ábside mayor y la erección de la torre campanario, en buena medida conservados [fig. 17, y fig. 18, D.4 y D.3], la construcción del claustro [fig. 18, D.1], que presenta innegables semejanzas formales tanto con el del Santo Sepulcro, como con los escasos restos conservados del de San Pedro de los Francos, también en Calatayud, debió de afrontarse en una horquilla temporal que cabría situar entre finales del siglo XIV, y comienzos de la centuria siguiente.²⁶ Las recientes obras de restauración poco han podido aportar al conocimiento de esta pieza, ya que se han centrado en el templo. No obstante, interesa destacar que se ha intentado abordar la realización de su crítica de autenticidad; un ejercicio que se entendió necesario, habida cuenta las drásticas intervenciones de las que fue objeto bajo la dirección de Ramiro Moya a comienzos de los años setenta del siglo pasado.²⁷

Más allá de este elemento, los restos conservados permiten intuir que la intervención operada a comienzos del Cuatrocientos se abordó con la intención, sumamente ambiciosa, de transformar la colegial en su conjunto, pero debe reconocerse que no hay pruebas de que llegara a conseguirlo. Es más, la restauración no ha permitido determinar, si, por ejemplo, las naves laterales terminaron abovedándose en algún momento;²⁸ una operación que sí se abordó en otros edificios, como la iglesia de San Andrés de Calatayud, la parroquial de Mallén,²⁹ o la Seo de Zaragoza,³⁰ en ese mismo contexto cronológico.

Precisiones sobre la fábrica del ábside mayor

Del ábside mayor, completamente reconstruido en este periodo,³¹ tan solo se conserva parte de su estructura en planta, ya que el acomodo del nuevo cuerpo de

²⁶ IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y ALEGRE ARBUÉS, J. F., *Documentos...*, *op. cit.*, pp. 13-19.

²⁷ ALEGRE ARBUÉS, J. F. y RINCÓN GARCÍA, W., “El Museo de la Colegiata de Santa María de Calatayud”, *Artigrama*, 29, 2014, pp. 189-212.

²⁸ Desde luego, ni el menor rastro de ello ha aparecido, ni enjarjes en muros, ni restos de nervaduras como material de relleno. Algún ladrillo aplanillado y de una nervadura pequeña en yeso, hallados en rellenos, no parecen haber pertenecido, por su reducida sección (figs. 15d y 15e), a una bóveda de tamaño compatible con el de las naves.

²⁹ Sobre la evolución histórica de este templo, y en particular, sobre la fase de abovedamiento gótico en la preexistente iglesia románica, véase ALEGRE ARBUÉS, J. F., ROYO RUEDA, J. e IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., *El templo de alabastro...*, *op. cit.*, pp. 21-30.

³⁰ IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y ANDRÉS CASABÓN, J., *La catedral de Zaragoza...*, *op. cit.*, pp. 41-42.

³¹ Disponemos de ejemplos de ábsides románicos cuya fábrica fue aprovechada en una etapa constructiva posterior para asentar sobre ellas nuevas estructuras góticas. Nuevamente, las cabeceras de la Seo de Zaragoza y de Santa María de Mallén son buena muestra de ello y prueban que, ante el problema de la continuación o engrandecimiento de la obra, se consideró más razonable continuar recreciendo la fábrica antigua, reparándola, en el caso de Mallén, o, como sucede en la catedral zaragozana, optando por una superposición con soluciones de transición muy bien estudiadas. Desconocemos la razón por la que el ábside de Santa María fue reedificado a partir de los cimientos. No habiéndose pretendido un desplazamiento ni una ampliación del existente, como queda comprobado, parece razonable suponer que su mal estado de conservación así lo aconsejó.

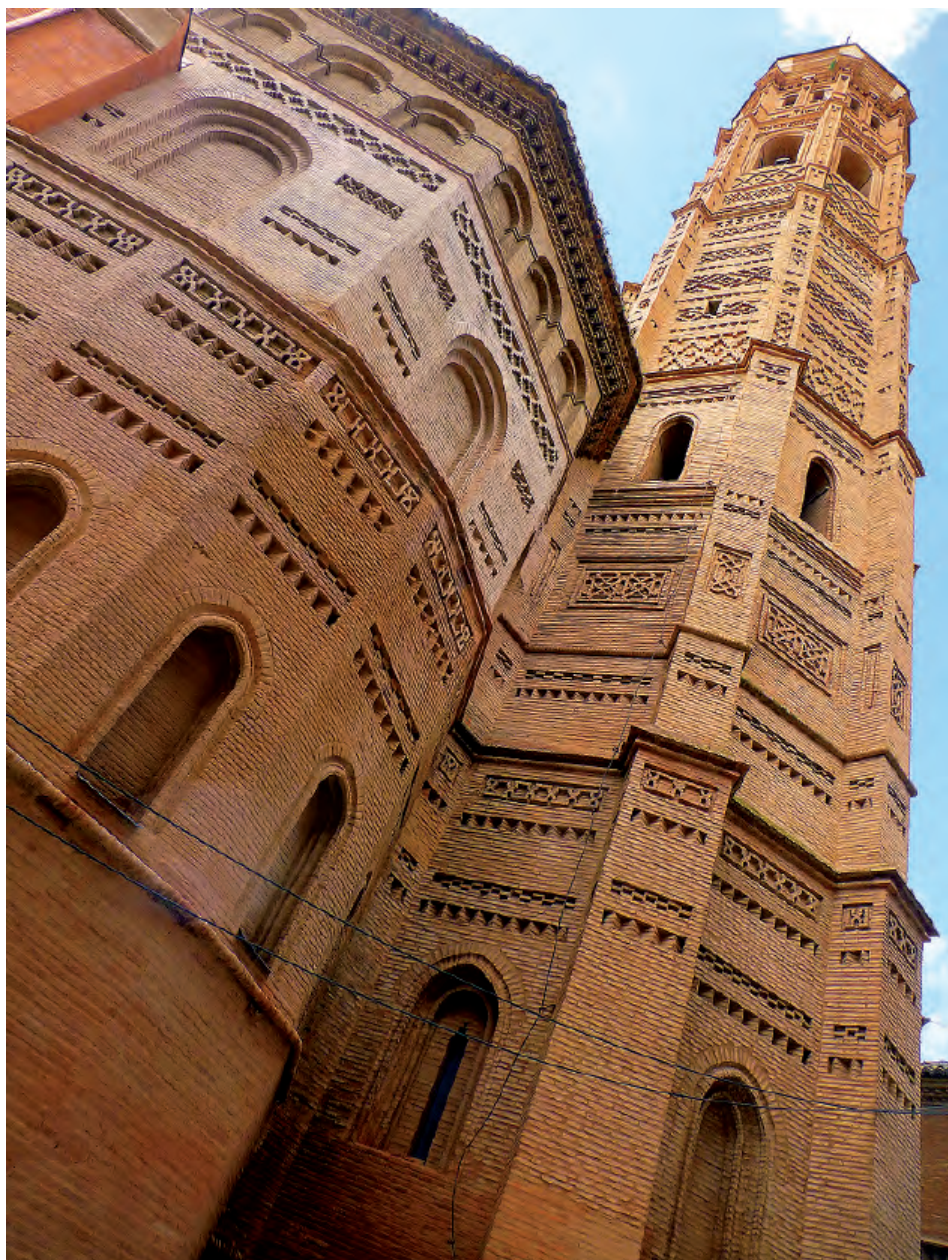


Fig. 17. La actual cabecera del templo, con los elementos del siglo XV del ábside y la torre, identificados en la figura 1, y sus recrecidos posteriores.

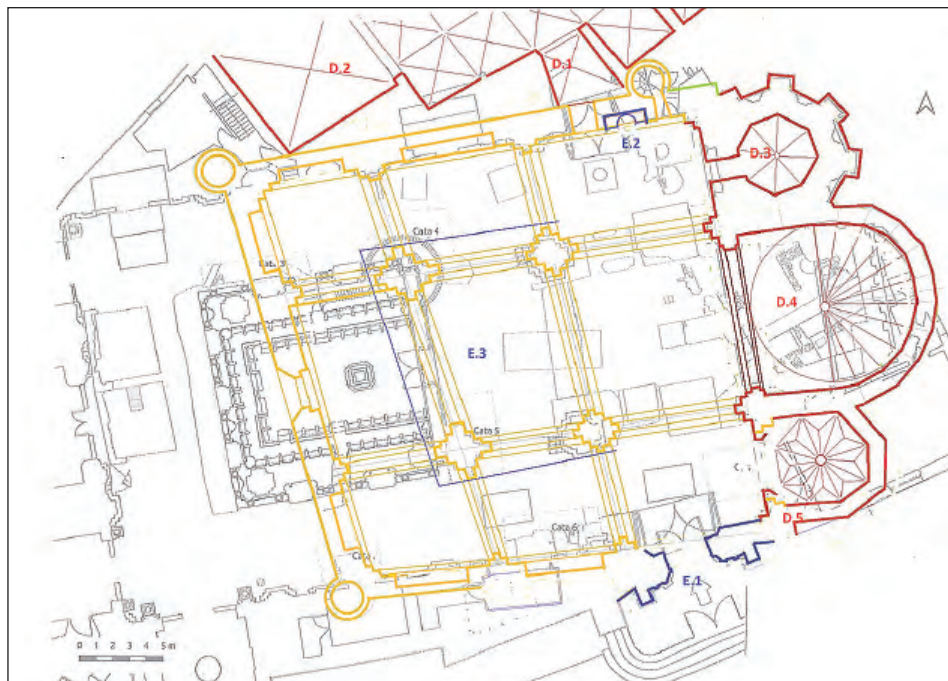


Fig. 18. Reconstrucción en planta de la colegiata medieval, con la cabecera reconstruida a principios del siglo XV y elementos añadidos en el siglo XVI (en azul). No se han representado las torres-contrafuerte de los flancos norte y sur del templo, considerados en la hipótesis de la figura 11, que ya habrían sido embebidas en las nuevas estructuras.

la sacristía en el Setecientos llevó a reducir parcialmente la sección de su muro meridional, que presenta, en consecuencia, un espesor irregular a día de hoy, mientras que la habilitación de la escalera que habría de garantizar el acceso al antiguo archivo capitular obligó a cortar todo un sector del ábside desde su arranque [fig. 19].

Respecto a su alzado, la obra medieval tan solo alcanza el primer cuerpo, que sirve de base para el recrecido del siglo XVI, y debe subrayarse que su zócalo es el resultado de las restauraciones acometidas sobre esta pieza en los años centrales del siglo pasado.³² Con todo, presenta unos rasgos constructivos y formales sensiblemente diferentes a los ofrecidos por la obra gótica de ladrillo realizada en la segunda mitad del Trecentos. En ella se observa el empleo de piezas aplanilladas, siempre con molduraciones góticas, para la realización de arcos, jambas y cornisas, así como la utilización de tacos —unas piezas que adoptan, al exterior, el aspecto de pequeños

³² IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y ALEGRE ARBUÉS, J. F., *Documentos...*, op. cit., p. 22.

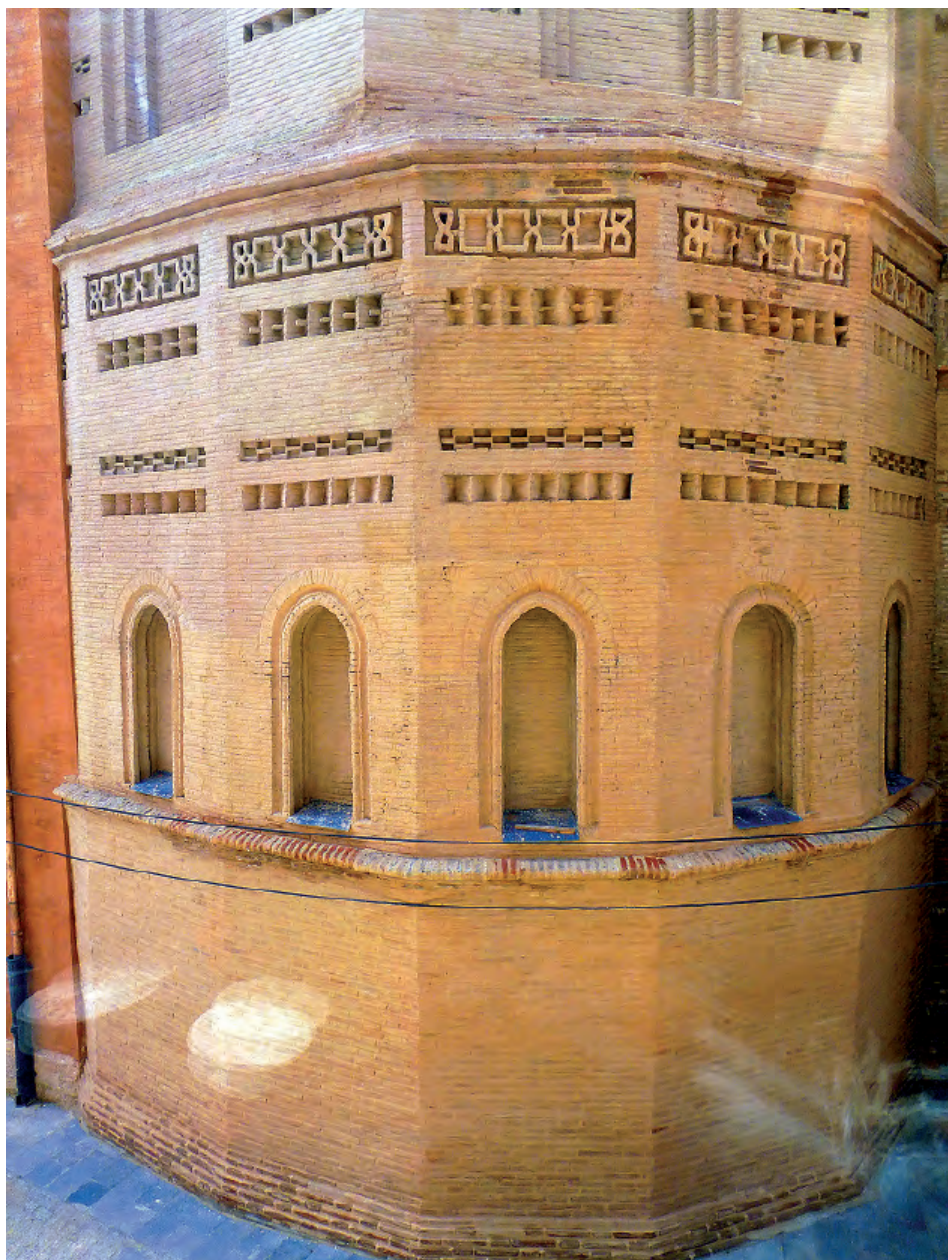


Fig. 19. Cuerpo medieval del ábside central. A los cinco lados visibles les faltarían otros cuatro a la izquierda, demolidos para edificar la nueva sacristía en el siglo XVIII.



Fig. 20. Detalle de la ejecución de la lacería en el ábside, realizada con pequeños tacos de ladrillo. Fotografía tomada durante su restauración en 2016.

cubos, y que permiten obtener un relieve más menudo y preciosista—, en la ejecución de las labores de lacería en ladrillo resaltado [fig. 20].³³

Mayor singularidad presenta la propia configuración del ábside, que debió de contar con nueve lados al exterior, de los cuales, el situado a la izquierda del observador, es, en realidad, el central, esto es, el perpendicular al eje longitudinal de la nave. Si los lienzos exteriores tuvieron su correspondencia al interior, éstos últimos apenas pudieron alcanzar el metro y medio de anchura, y se antoja especialmente complicado que una figura de este tipo pudiera llegar a cerrarse con una bóveda nervada, por lo que, o el perfil interior del ábside respondía a otra configuración, más compatible con una estructura gótica, o bien, se cubrió con una armadura de madera [fig. 13].

En cualquier caso, debe reconocerse, que no ha logrado descubrirse —ni mucho menos, examinarse—, el más mínimo resto material que permita clarificar este aspecto, debido a las sucesivas transformaciones experimentadas por la capilla mayor a lo largo de su dilatada historia constructiva, que incluirían su recrecimiento y abo-

³³ Sin duda, rasgos distintivos del periodo, que están presentes en la torre de San Andrés de Calatayud y pueden observarse de cerca en la portada de la capilla de San Martín de la Aljafería o en la recientemente descubierta portada norte de la iglesia de Santa María Magdalena, en Zaragoza.



Fig. 21. La cabecera del siglo XV, en la hipótesis reconstructiva publicada en 2012, que, salvo por el posterior descubrimiento de la desaparecida capilla en el lugar del ábside del Evangelio —a la izquierda en el alzado— puede mantenerse actualmente.

vedamiento, seguramente con crucería, en el siglo XVI; un nuevo recrecimiento, con la sustitución de la bóveda, y su decoración interior, en el siglo XVII; la inserción del cuerpo de la sacristía, con la inclusión, sumamente forzada, de la escalera de acceso al archivo, en el siglo XVIII, y el cajeo —tanto al interior, como al exterior— del zócalo en el siglo XX. No obstante, tal y como adelantamos hace ya algunos años, continuamos considerando que el ábside pudo coronarse con un pequeño cuerpo superior, con función de claristorio, resuelto de una manera escalonada, de acuerdo a una fórmula similar a la adoptada en los ábsides laterales de la Seo de Zaragoza a comienzos del Cuatrocientos;³⁴ un perfil que posibilitaría la iluminación del interior, pero no el recrecimiento posterior de la fábrica, razón por la que se suprimiría en la etapa constructiva inmediatamente posterior [fig. 21].

La torre campanario y la capilla del Santo Cristo

Los dos cuerpos inferiores de la torre conservados en una misma unidad de fábrica debieron de concebirse, junto al ábside, en una composición continua [fig. 17]. Desde luego, tanto los arcos apuntados, como las decoraciones en ladrillo resaltado del primero de los módulos del campanario parecen trazados en perfecta correspondencia, es decir, a un mismo nivel, que los del ábside, y debe subrayarse que todos estos elementos también se realizaron, tanto con piezas aplantilladas, como con tacos. No obstante, la torre cuenta con unos pequeños contrafuertes que recorren cada una de sus ocho aristas desde su propio arranque; unos elementos que también pueden observarse en el cercano campanario de San Andrés, en Calatayud, y que habrían de emplearse, tanto en la Torre nueva de Zaragoza, como en otras estructuras, todavía más tardías.

Con todo, la mayor originalidad de esta construcción radica en que su cuerpo bajo, completamente vacío, alberga una capilla en su interior. A ella solo puede accederse desde el templo, a través de un arco de pequeñas dimensiones, menor que la embocadura de cualquier otro oratorio —absidial, o lateral—; presenta una planta octogonal, y estuvo cerrada, en origen, mediante una bóveda de ocho nervios, clave central, y plementería tabicada [fig. 22]. Por todo ello, este espacio ofrece un carácter íntimo, segregado del resto, que también puede percibirse en otros ámbitos de similares características, como la capilla bautismal de San Andrés de Calatayud, alojada, asimismo, en el cuerpo inferior de la torre campanario de este otro templo bilbilitano [fig. 23],³⁵ o incluso, a pesar de los cambios que habrían de afectar tanto a sus accesos, como a su configuración original, en el oratorio dedicado al Santo Cristo de la iglesia de San Julián y Santa Basilisa de Nuévalos (Zaragoza).³⁶

³⁴ IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y ALEGRE ARBUÉS, J. F., *Documentos...*, *op. cit.*, p. 20.

³⁵ ALEGRE ARBUÉS, J. F., IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y MARCO MARTÍN, R., “El proceso de restauración...”, *op. cit.*, pp. 701-716.

³⁶ ALEGRE ARBUÉS, J. F. e IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., “Evolución histórica de la fábrica de la iglesia parroquial de Nuévalos”, en Rincón García, W. e Izquierdo Salamanca, M^a (eds.), *La Orden del Santo Sepulcro, VII Jornadas Internacionales de Estudio*, Zaragoza, Centro de Estudios de la Orden del Santo Sepulcro, 2016, pp. 189-214.



Fig. 22. Vestigios, recuperados en 2022, de la bóveda octopartita que cubría la capilla del Santo Cristo y fue demolida en 1972. Se aprecian las improntas de la plementería, tabicada de dos hojas, y los enjarjes, que se solidarizaron con la superpuesta falsa bóveda en saledizo.

Una pieza de semejantes características planteaba la necesidad de solucionar el apoyo de las estructuras interiores, sobre todo, si pretendía adoptarse el sistema de torre-contratorre para desarrollar la escalera de acceso al cuerpo de campanas; una fórmula con la que ya se había experimentado sobradamente en tierras aragonesas para las fechas en las que pudo plantearse la conveniencia de aplicarla en Santa María. Todo parece indicar que la bóveda de ocho nervios y plementería tabicada con la que se cubrió la capilla no se juzgó competente para soportar la carga de la contratorre, ya que el apeo de esta estructura se dispuso sobre una falsa bóveda, construida con ladrillos dispuestos en voladizo por encima de la bóveda nervada; una solución que se concibió para permanecer oculta, solo que el desafortunado derribo de la bóveda inferior, perpetrado durante las obras desarrolladas en el oratorio bajo la dirección de Ramiro Moya en 1972,³⁷ terminará dejándola a la vista [fig. 22].

³⁷ Promovida por la Dirección General de Arquitectura, esta intervención, errónea en todo, destruyó tanto la bóveda gótica —considerándola falsa y de mala calidad constructiva—, como la posterior decoración barroca, por lo que tuvo que ser objeto de especial atención durante nuestras intervenciones. La actuación de 2022 ha permitido descubrir algunas improntas y restos de los enjarjes de esta bóveda, que ahora permanecen visibles, pudiéndose comprobar sus características constructivas, en todo semejantes a la de San Andrés.

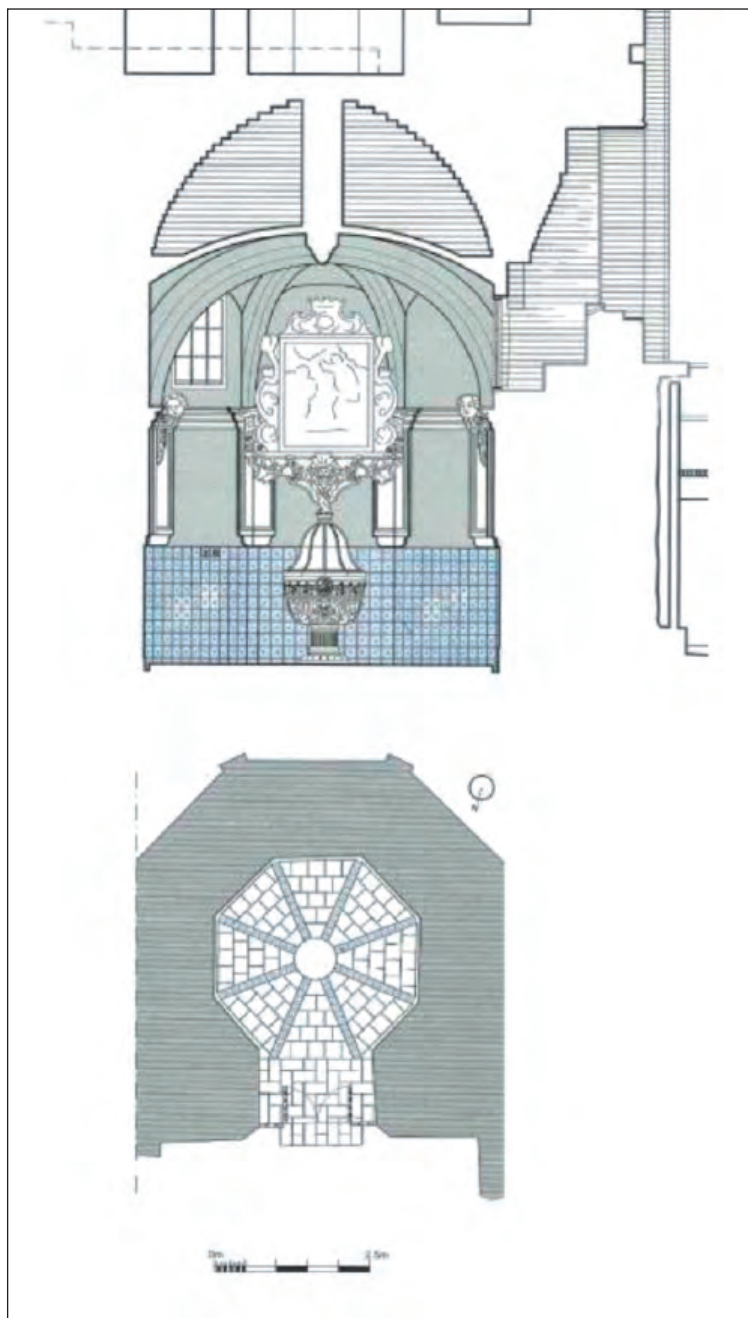


Fig. 23. San Andrés, en Calatayud. Planta y sección de la capilla bautismal, alojada, como en Santa María, en el cuerpo inferior de la torre y cubierta con la doble bóveda, en este caso conservada. Obsérvese la mocheta de ladrillo, capaz de transmitir esfuerzos entre sus respectivas claves.

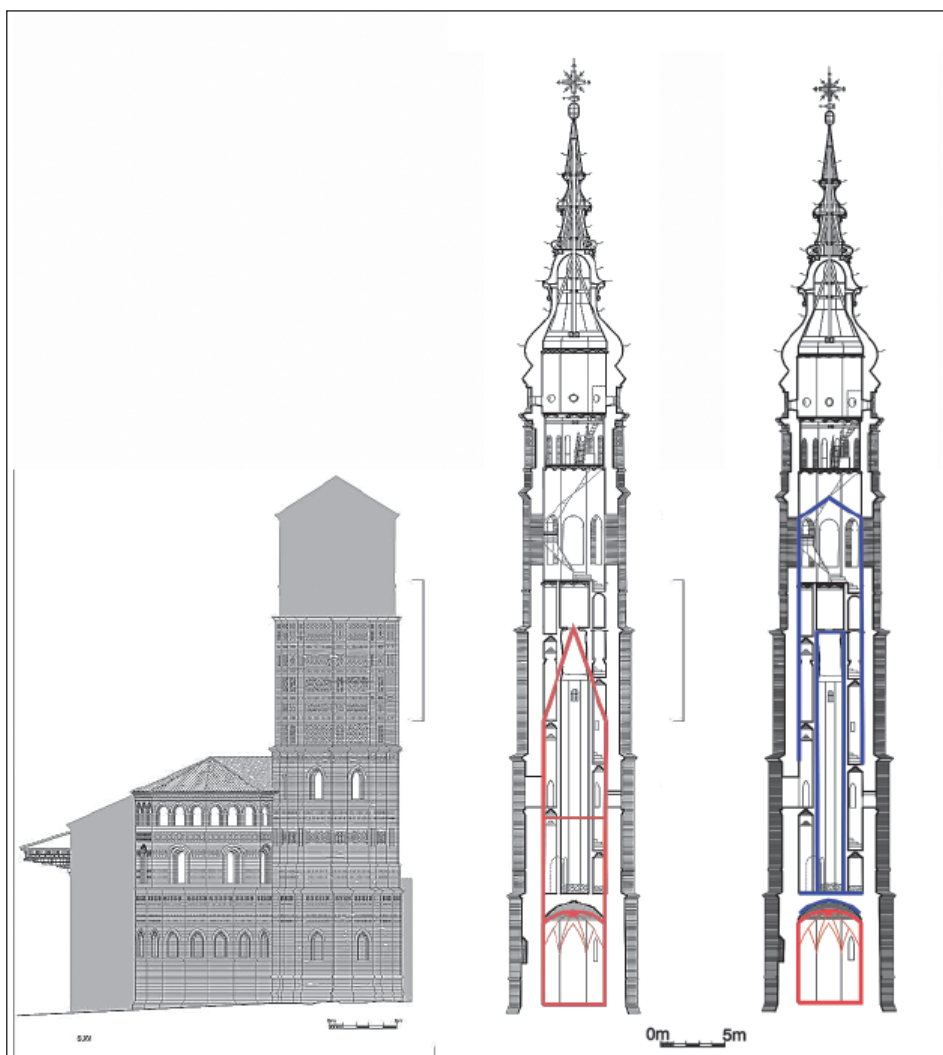


Fig. 24. Posible secuencia constructiva, sobre la sección de la torre actual y junto al alzado correspondiente al siglo XVI, con esquema de las estructuras interiores que pudieron sucederse.

El sistema de doble torre para liberar el cuerpo inferior del campanario con la intención de habilitar una capilla en su interior tan solo ha conseguido documentarse —al menos, por el momento— en Santa María y en San Andrés de Calatayud. Constituye una solución tan audaz como ingeniosa, cuya materialización requería, además, de una gran pericia técnica. No obstante, conviene advertir que no tuvo por qué adoptarse, necesariamente, desde un primer momento. Desde luego, el acceso al primer nivel de campanas, dispuesto a muy poca altura, pudo resolverse con simples estructuras de madera, con las que se habría evitado tener que ocupar el cuerpo de la torre con una escalera de fábrica, que, inevitablemente, habría interceptado sus vanos. No obstante, la situación pudo cambiar cuando se optó por sobreelevar la estructura mediante la construcción de un nuevo tramo, en este caso, ciego, que, superpuesto al anterior, habría de permitir la disposición del cuerpo de campanas a una mayor altura; una medida que debió de adoptarse a finales del Cuatrocientos, o a comienzos de la centuria siguiente [fig. 24]. En ese supuesto, sí que pudo entenderse la necesidad de construir una escalera de ladrillo que arrancara del segundo cuerpo, e incluso es posible que se recurriese al sistema de contratorre en ese momento, y que, para garantizar su apeo sin sobrecargar la bóveda de la capilla, se volteara la nueva. Esta segunda bóveda se construirá en saledizo sobre la inferior, con cuyos enjarjes llegará a solidarizar,³⁸ y constituye una estructura sumamente rígida, que resulta, además, perfectamente equilibrada, gracias, sobre todo, a los esfuerzos verticales que soporta, y consigue transmitir, en forma de empujes, hacia la torre exterior.

Existe la posibilidad de que esta segunda bóveda tan solo fuera necesaria durante la construcción de la contratorre y el tendido de la escalera, y de que asumiera una naturaleza pasiva una vez completada la obra, ya que la solución adoptada podría conferir estabilidad al conjunto por sí misma. No obstante, esta incógnita solo logrará despejarse cuando pueda realizarse un análisis estructural mediante una modelización adecuada.

En todo caso, debe reconocerse que son muchos los interrogantes que continúan abiertos con respecto a este tipo de estructuras. Así, por ejemplo, necesitaríamos una explicación convincente para el hecho, aparentemente contradictorio, de que la bóveda “estructural” de la capilla bautismal de San Andrés apee su clave sobre la “decorativa” [fig. 23], es decir, sobre la bóveda nervada que la oculta, y que, de acuerdo con la teoría que venimos exponiendo, no debería recibir carga alguna. Sin embargo, el hecho es que el machón de ladrillo que las pone en contacto, descubierto casi por azar en 2014, es capaz de transmitirla, y desde luego, sólo pudo disponerse en el momento en el que se volteó la bóveda superior.

De igual manera, también convendría explorar las posibles relaciones que podrían establecerse entre las torres de Santa María y de San Andrés de Calatayud, y otros campanarios, como el de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de

³⁸ Hecho comprobado en las catas realizadas en 2022 y actualmente visible.

Albalate del Arzobispo (Teruel); una estructura, en este caso, mixta, que cuenta con un primer cuerpo de planta cuadrada, sobre el que se levantan todos los demás, de perfil octogonal. La torre también dispone de una capilla habilitada en el cuerpo bajo, y de una escalera que gravita sobre el oratorio, aunque, en esta ocasión, sin recurrir al volteo de una segunda bóveda. La naturaleza mixta del campanario, observable en otras estructuras, como las torres de las localidades de Utebo y de Ricla, ambas en Zaragoza, así como algunos detalles decorativos, llevaron a situar su realización en las décadas centrales del Quinientos.³⁹ No obstante, debemos conducirnos con cautela, ya que es posible que el distintivo perfil mixto de la torre de Albalate obedezca al reaprovechamiento de un primer cuerpo preexistente, sobre el que se levantarían todos los demás, solo que en diferentes momentos constructivos; los primeros, tratando de materializar en ladrillo elementos incontrovertiblemente góticos, como los pináculos, y los últimos, dentro de la tradición barroca local.

Evolución constructiva del ábside de la Epístola

Las obras de restauración llevadas a cabo en el cuerpo de la sacristía facilitaron el estudio detallado tanto de los restos arqueológicos exhumados bajo la actual capilla de la Soledad, cuanto de la cámara confinada entre la bóveda dieciochesca de la sacristía y el forjado del antiguo archivo capitular, por lo que puede trazarse una secuencia completa del ábside del lado de la Epístola, desde los orígenes del templo cristiano, hasta la actualidad [fig. 18, D.5].⁴⁰

En efecto, ahora sabemos que la primera Santa María medieval contó con un ábside pétreo de planta semicircular, y que su fábrica, o quizás solo sus fundamentos, se aprovecharon para habilitar una capilla en el último tercio del siglo XIV. De este oratorio subsiste, oculto por la obra barroca, su acceso; un arco doblado de ladrillo con perfil ojival que mantiene el enlucido agramilado con falso despiece de sillería, con trazos negros y rojos [fig. 25c].

Nuevos restos, entre los que cabría citar una ménsula [fig. 25a], así como el enjarje de la bóveda que arrancaba de ella [fig. 25d], cuyos plementos todavía conservaban una delicada decoración en grisalla con motivos de “claraboya”, “vejiga de pez” o “espejuelo” [fig. 25e],⁴¹ permitieron descubrir que el espacio todavía se utilizó para habilitar una nueva capilla en un contexto compatible con el de la reforma gótica de la cabecera del templo, es decir, a comienzos del Cuatrocientos. El diseño de la crucería de la bóveda, perfectamente reconstituible a partir de sus arranques; el descubrimiento de un ventanal orientado al sur, que, integrado en una

³⁹ BORRÁS GUALIS, G. M., *Arte Mudéjar...*, vol. 1, *op. cit.*, pp. 212-213.

⁴⁰ ALEGRE ARBUÉS, J. F., IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y CEBOLLA BERLANGA, J. L., “Obras de consolidación...”, *op. cit.*, pp. 21-23.

⁴¹ Sobre el tipo de ornato y su denominación, véase lo señalado en IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., *La capilla del palacio arzobispal de Zaragoza en el contexto de la renovación del Gótico final en la Península Ibérica*, Zaragoza, Museo Diocesano de Zaragoza, 2012a, pp. 73-74.

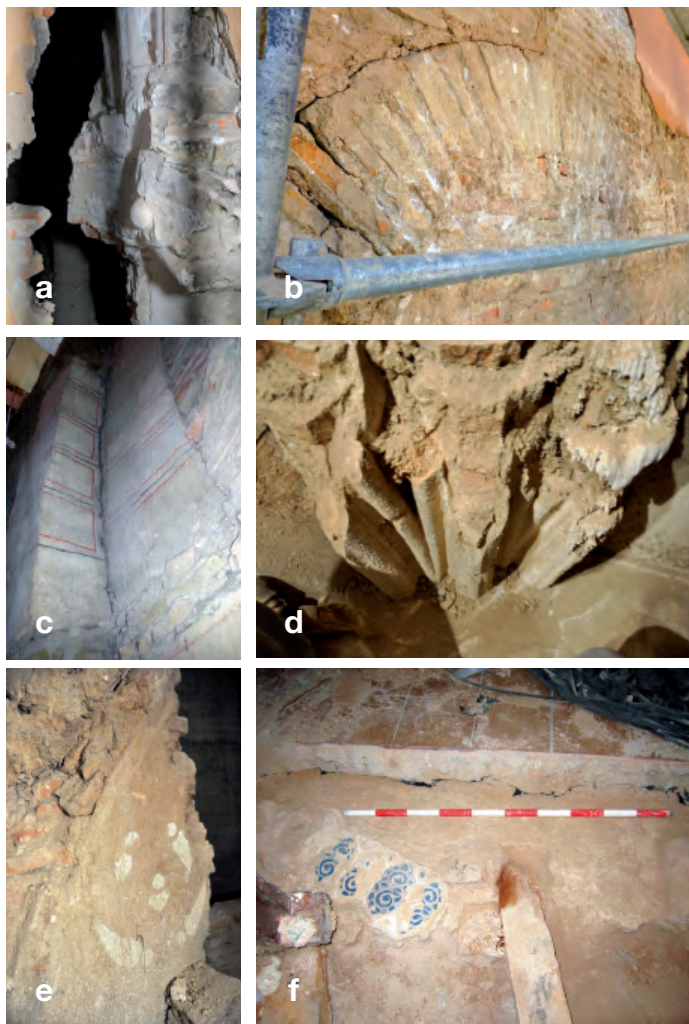


Fig. 25. Restos hallados en el acceso a la actual sacristía y en la cámara existente entre su bóveda y el forjado del archivo capitular, pertenecientes a dos fases sucesivas de la capilla que se ubicó en el ábside meridional: a) Imposta, decorada con cardinas y bolas, en el arranque de bóveda nervada del siglo XV; b) Arco rebajado de ladrillo descubierto en una zona de muro reaprovechado, actualmente integrado en el muro de la sacristía, probable ventanal de la capilla; c) Arco doblado de ladrillo, revestido de yeso; decorado con un despiece de sillería agramilado y pintado con trazos rojos y negros, datable en el siglo XV y ocultado por la bóveda del siglo XV. Se trata del arco de ingreso a la primitiva capilla de la Epístola; d) Detalle del arranque de nervaduras góticas, distinguiéndose un nervio diagonal y dos terceles pertenecientes a la bóveda del siglo XV, que era de nueve claves, sobra planta octogonal; e) Detalle de una de las lunetas de la bóveda, con restos de su decoración de estilo flamígero, a base de motivos de claraboya; f) Pavimento de la capilla realizado en yeso con bandas de alfarzones vidriados (figs. 15a y 15b), que reproducían la geometría radial de la bóveda.

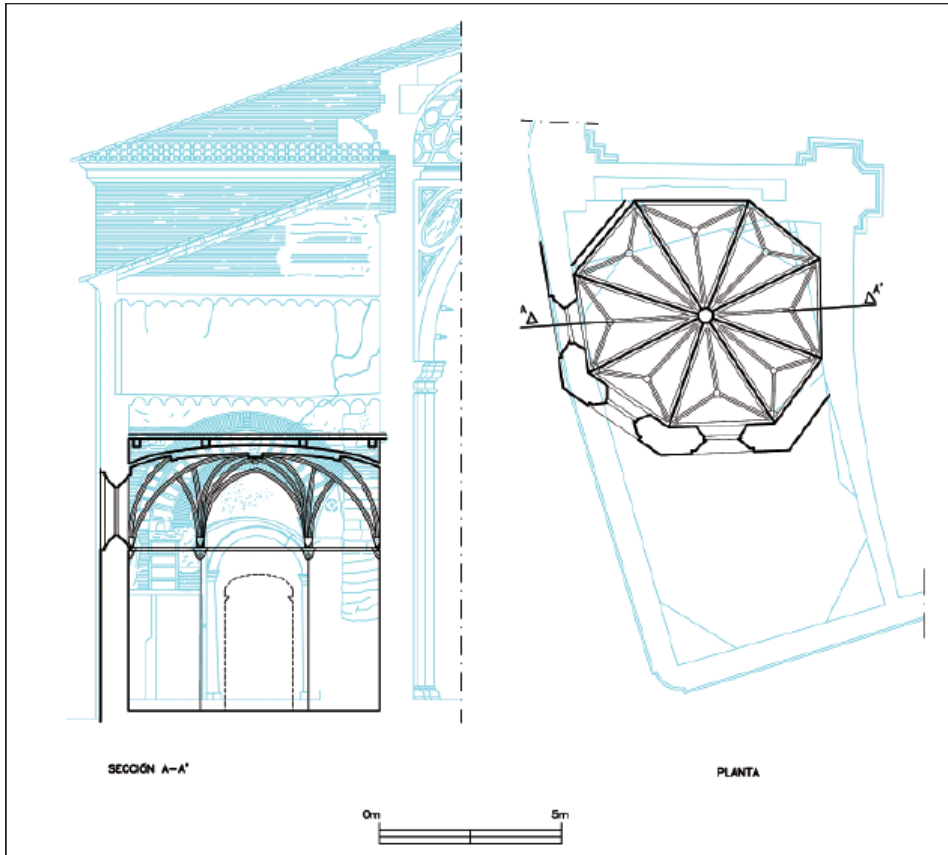


Fig. 26. Reconstrucción, en base a los restos hallados, de la capilla que, en el siglo XV se acomodó en el espacio del ábside meridional.

fábrica de ladrillo perteneciente al flanco meridional de este oratorio, habría de reaprovecharse en el cuerpo de la sacristía [fig. 25b], o el reconocimiento del pavimento original de este espacio, realizado en yeso y decorado con unos alfarzones vidriados procedentes de Manises que venían a reproducir, como si se tratara de un reflejo, la geometría de su bóveda [fig. 25f], consintieron determinar que la capilla adoptó una planta octogonal, y que se cerró con una bóveda de terceletes de nueve claves. Además, el hallazgo de los mechinales de un forjado sobre el trasdós de esta solución de abovedamiento, vino a evidenciar que sobre el oratorio aún llegó a disponerse, en un segundo nivel, un nuevo espacio, cuya funcionalidad se nos escapa [fig. 26].

El periodo renacentista

La colegiata, situada bajo el patrocinio regio desde 1486,⁴² habría de conocer un importante impulso, tanto en su fábrica, cuanto en su dotación artística, durante los dos primeros tercios del Quinientos.⁴³ Así vendrían a demostrarlo algunos elementos felizmente conservados, como la portada, contratada en 1525;⁴⁴ el recrecimiento de la torre, o la reforma del ábside, que debió de afrontarse en relación con la renovación, prácticamente completa, de la capilla mayor.

Además, las recientes obras de restauración han permitido sacar a la luz otros restos que permiten aproximarnos al aspecto que pudo ofrecer el interior del templo en este mismo contexto cronológico. Es el caso de la mitad derecha de una hornacina avenerada realizada en yeso, de unos dos metros de altura, que logró localizarse en el muro del transepto norte, junto a la puerta de acceso al claustro, e interceptada por ella [fig. 18, E.2] [fig. 27a], que alojó una mesa de altar, o quizás, con menos visos de verosimilitud, la cama de un monumento funerario;⁴⁵ un prisma rectangular ortogonal, que, en cualquiera de los casos, estuvo flanqueado por dos credencias más bajas [fig. 27b]. Su composición completa incluiría el encuadre externo del nicho, que, realizado como un relieve superpuesto al paramento del muro, no ha conseguido llegar hasta nuestros días, aunque puede ofrecerse una hipótesis reconstructiva del mismo [fig. 27c]. La posición de este elemento obliga a desplazar hacia el oeste la primitiva puerta de acceso al claustro, que desaparecería, al igual que el nicho, con la ampliación posterior del vano.

A propósito de la inserción de la portada renacentista

La relectura de la documentación que ha logrado reunirse sobre la realización e instalación de la portada de alabastro [fig. 28],⁴⁶ pero, sobre todo, su análisis en relación con la propuesta sobre la evolución constructiva del frente meridional del templo que se está ofreciendo en estas líneas, permite plantear alguna cuestión de interés. En efecto, llama poderosamente la atención que la nueva portada presente un alzado oblicuo con respecto a la alineación, ya descrita, del templo medieval; una circunstancia que debió de obedecer a la necesidad de encajar la pieza en un lienzo mural sensiblemente más estrecho; un paramento, que, además, no podía ampliarse, ya que se encontraba, más que delimitado, constreñido, por dos construcciones pre-

⁴² BORRÁS GUALIS, G. M. y LÓPEZ SAMPEDRO, G., *Guía...*, *op. cit.*, p. 49.

⁴³ IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y ALEGRE ARBUÉS, J. F., *Documentos...*, *op. cit.*, pp. 25-37.

⁴⁴ IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., *La portada de Santa María de Calatayud. Estudio documental y artístico*, Calatayud, Centro de Estudios Bilbilitanos, Institución "Fernando el Católico", 2012b.

⁴⁵ Algunas soluciones parangonables, en IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., "La iglesia parroquial de Santa María Magdalena de Los Fayos (Zaragoza). Estudio documental y artístico", *Tvriaso*, 15, 1999-2000, pp. 27-65, espec. pp. 43-47.

⁴⁶ IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y ALEGRE ARBUÉS, J. F., *Documentos...*, *op. cit.*, docs. 2-7, pp. 102-108.

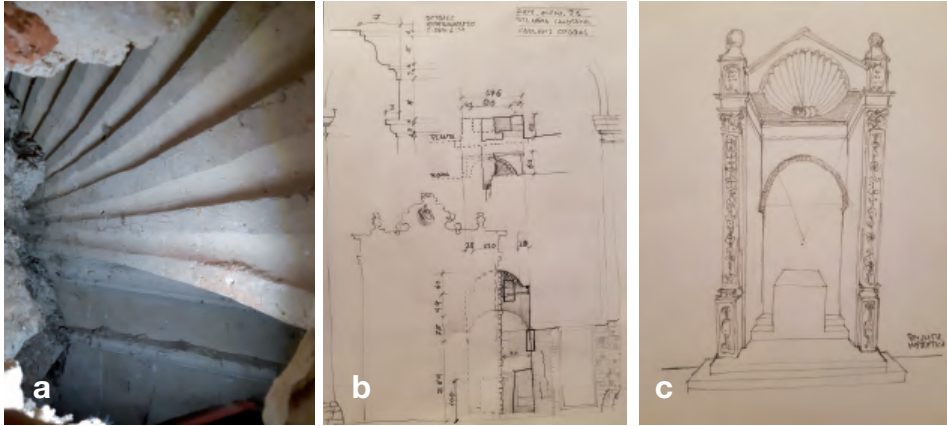


Fig. 27. Venera que remataba superiormente el nicho descubierto en el muro norte del transepto, junto al actual acceso al claustro, en 2021: a) Detalle; b) Croquis de campo de los restos del nicho; c) Reconstrucción hipotética del nicho hallado en el transepto norte, relacionable con un altar o un monumento funerario. El encuadre exterior es totalmente supuesto, ya que nada se conserva del mismo, salvo impronta del entablamento.

existentes, levantadas en sus extremos: la capilla habilitada en el espacio correspondiente al ábside del lado de la Epístola, y la que se levantó donde hoy lo hace la de la Virgen Blanca, cuyo proceso constructivo posterior ha podido examinarse en su espacio bajocubierta, ya mencionado a propósito de los restos murarios del periodo medieval [fig. 29].

Los encargados de redactar la capitulación para la realización de la portada, que fue suscrita en Calatayud el 5 de febrero de 1525, tuvieron el prurito de precisar el modo en que tenía que acodarse la nueva estructura de alabastro, haciendo referencia a toda una serie de elementos que existían en ese momento, como el muro que habría de derribarse para instalar la pieza. Así, el acuerdo exigía *derrocar la paret dende la squina y cubo questa[ba] hacia la capilla de la higuera, fasta el arco viejo del portegado*, señalándose la necesidad de *hazer la paret de rejola, dende el suelo fasta el tejado a la cara del cubo*.

Con la mención al *arco viejo del portegado* pudo hacerse alusión a la situación del acceso preexistente, que, asentado sobre una *longeta*, tendrá que ampliarse para acomodar sus dimensiones a las de la nueva portada; mientras que la referencia al *cubo* situado *hacia* —esto es, en dirección a, o junto a— *la capilla de la higuera*, podría interpretarse de dos maneras diferentes. En primer lugar, como una mención a la capilla absidial, que, tal y como vendrían a evidenciar los mechinales de forjado localizados por encima del nivel de la bóveda del siglo XV, dispuso de un piso superior; una circunstancia que pudo conferirle un aspecto turriforme, ya fuera de perfil curvo o poligonal, que quizás pudo justificar que se le denominara *cubo*. No obstante, nos inclinamos a pensar que el término se empleó para aludir a una de las torres-contrafuerte de perfil semicircular descritas en nuestra hipótesis reconstructiva



Fig. 28. Actual alzado meridional de la colegiata, con los cuerpos de la capilla de la Virgen Blanca (siglo XVII) y de la sacristía (siglo XVIII), prolongando la alineación marcada por la portada del siglo XVI.

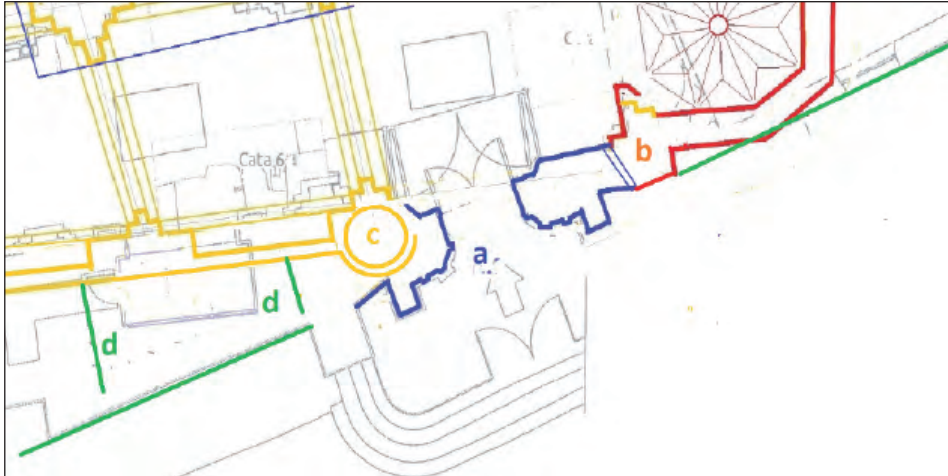


Fig. 29. Planta descriptiva de la implantación de la portada renacentista (a), con su encaje entre las estructuras medievales de la capilla absidal (b) y el cubo (c), existente junto a la capilla de la hiedra, en el lugar aproximado que hoy ocupa la capilla de la Virgen Blanca (d). Nótese que el cubo o torre-contrafuerte, cuya existencia hemos deducido, no podía ser demolido entonces, por estribar las arcuaciones interiores, si bien, más adelante, el nuevo replanteo del templo clasicista desplazaría el eje del arco peripiaño interior hacia el oeste, generando la necesidad del contrafuerte que hubo de construirse en el flanco izquierdo de la portada.

de la colegiata medieval. En este caso, al levantarse el nuevo muro *a la cara del cubo*, la naturaleza estructural de este elemento aconsejaría conservarlo, lo que haría que terminara quedando embebido en el macizo de fábrica que presenta la portada en su estribo occidental.

Fuera como fuese, los trabajos realizados a lo largo de todos estos años han permitido examinar y reconocer los empalmes de la portada en las fábricas actuales, tanto en lo que fue su enlace con la cabecera, como en el mencionado espacio bajocubierta de la capilla de la Virgen Blanca. En el primer punto, los movimientos estructurales habrían de terminar dibujando una grieta vertical, perfectamente reconocible desde el exterior,⁴⁷ cuyo examen permitió determinar que obedecía al adosado de estructuras de diferente cronología, mientras, que, en el segundo, pudo apreciarse una fábrica poco cuidada, con elementos reutilizados.

En consecuencia, todo parece indicar que las dimensiones de la portada, así como la decidida opción por conservar determinados elementos —dotados de función estructural— en sus extremos, acabaron provocando su esviaje. Más adelante, en el

⁴⁷ En la restauración de la portada, acometida en 2010, se optó por dejar la grieta visible al exterior. Una vez comprobado que no había registrado movimientos significativos entre esa fecha y la intervención de 2022, se procedió a su cosido estático y sellado por el interior, pero se respetó la marca dejada en el paramento exterior.

marco de la construcción del nuevo templo clasicista, se optará por alinear al exterior el volumen de la capilla de la Virgen Blanca con la portada, mejorando su encuadre arquitectónico, aunque esta operación obligará a levantar una segunda fachada,⁴⁸ razón por la que el interior y el exterior de la capilla no se corresponden en planta.⁴⁹

Los mismos condicionamientos planteados por la obra preexistente permiten comprender algunas de las exigencias expresadas en el segundo de los contratos firmados en relación con la realización e instalación de la portada que ha conseguido localizarse, el suscrito entre entre los canónigos de Santa María y Juan de Talavera un año y medio más tarde, el 18 de julio de 1526. Así, por ejemplo, cuando los contratantes exigieron la realización del *enforro* de la pared que se había hecho para la portada, debían de referirse a la necesidad de regruesar este lienzo mural por su cara interna, de manera que, procurando el *forzamiento de la portada principal*, pudiera regularizarse su alineación por este lado. De igual manera, la exigencia de voltear *un arco de boueda de la una pared a la otra* expresaba la necesidad de tender el gran escarzano que protege la portada y contribuye a estribar correctamente el voladizo del alero.

La intervención en el ábside y la capilla mayor

Todo parece indicar que el deseo de incrementar la altura de la capilla mayor empujó a reformar este espacio durante la primera mitad del Quinientos. La intervención, que implicó la sustitución del sistema de cierre utilizado en el periodo gótico, cuya naturaleza se nos escapa, se aprovechó para replantear el espacio de acuerdo a una planta semidecagonal; para dotarlo de nuevos vanos de iluminación, que se abrieron en arco de medio punto doblado sobre los lienzos de ladrillo decorados con esquinillas y rombos, y en última instancia, para disponer, coronando el conjunto, una galería ideada para ventilar el espacio bajocubierta [fig. 17].

Tras el desmantelamiento del tejado del cuerpo de la sacristía, que se había adosado al flanco meridional del ábside, pudieron estudiarse tanto las fábricas de este periodo, como sus transformaciones posteriores [fig. 30]. Estos análisis vinieron a confirmar la sobreelevación del ábside, y nos permitieron plantear la posibilidad de que el espacio resultante hubiera llegado a cerrarse con una bóveda nervada, conformada con ligaduras y combados, similar a las volteadas sobre las cabeceras de Santa Lucía de Zaragoza, San Francisco de Tarazona, o San Martín de Belchite (Zaragoza) en un contexto cronológico muy similar; una solución de la que llegamos a ofrecer una propuesta de reconstrucción gráfica, en la que, tratando de contextualizar algunos de los elementos conservados, se incluyeron otros —necesariamente— hipotéticos [fig. 31].⁵⁰

⁴⁸ Un recurso escenográfico sumamente moderno, que se anticipa, curiosamente, al aplicado por Christopher Wren en las fachadas laterales de San Pablo, en Londres y debe ser justamente reconocido.

⁴⁹ Más adelante, la construcción dieciochesca del cuerpo de la sacristía mantuvo el mismo criterio y alineó su fachada con la de la portada, incluso a costa de debilitar la estructura del ábside, dada la necesidad de replantear, en el espacio disponible, una planta rectangular bien escuadrada.

⁵⁰ IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y ALEGRE ARBUÉS, J. F., *Documentos...*, op. cit., pp. 35-36.

A esta bóveda pudo pertenecer la clave de madera, dorada y policromada, que puede contemplarse en el polo de la solución abovedada que cierra la capilla mayor en la actualidad. De esta pieza pende, en el centro, un escudo partido, en el que, además del jarrón de azucenas asociado a Santa María, figura, a la izquierda, una hoja de roble; un elemento heráldico que el deán Pedro Villalón de Calcena pudo incorporar a sus armas familiares en homenaje y reconocimiento al que fuera su valedor, el papa Julio II —Giuliano della Rovere—, que también aparece, asimismo, a la izquierda, en los blasones que flanquean el ático de la portada, que se han identificado con los de este polémico personaje, a quien se le reconoce un papel muy destacado en la realización de la estructura de alabastro, que, contratada en 1525, se terminó tres años más tarde, en 1528.⁵¹ Además, la clave cuenta con una orla radiante en la que se suceden, de manera seriada, repetitiva, unas pequeñas cráteras coronadas por rostros angélicos con las alas explayadas, frente a las que se disponen, siguiendo una simetría rigurosamente especular, una suerte de roleos o de volutas jónicas desplegadas que cuentan con cabezas de dragones en sus extremos superiores; unos motivos decorativos que parecen reforzar la cronología que permite aventurar el escudo, ya que son propios del lenguaje ornamental “al romano” utilizado en tierras aragonesas a lo largo del segundo cuarto del siglo XVI [fig. 45].



Fig. 30. Fábricas del siglo XVI, visibles durante las obras de restauración del ábside, en 2016, correspondientes a su flanco meridional, oculto por el volumen de la sacristía.

⁵¹ IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., *La portada de Santa María de Calatayud...*, op. cit., p. 38, nota nº 143.

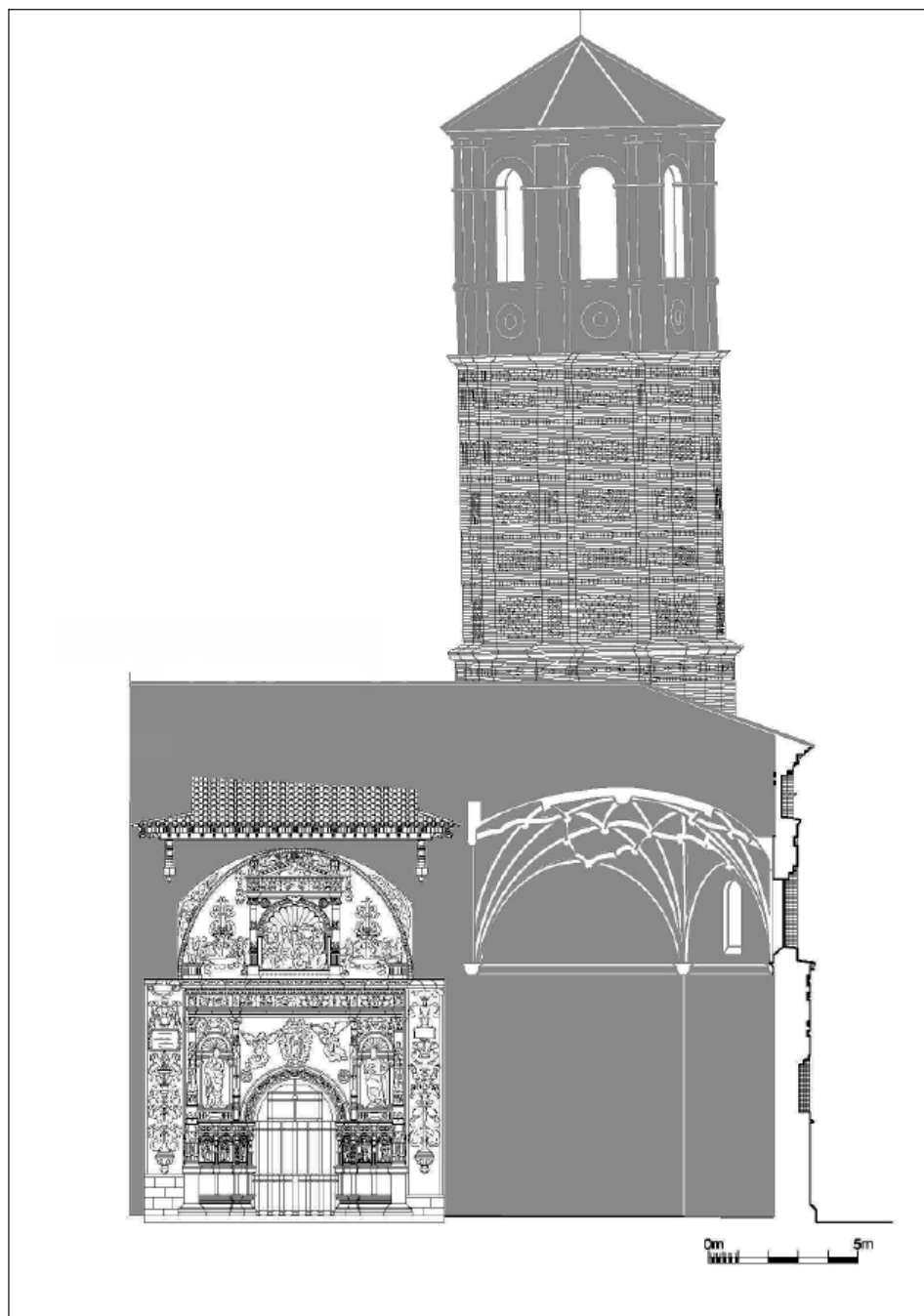


Fig. 31. Composición, realizada en 2012, en base a elementos conservados (portada, muro del ábside y cuerpo recrecido de la torre) e hipotéticos (bóveda de la capilla mayor y cuerpo de campanas) de la cabecera en el siglo XVI.

El sepulcro de Pedro Cerbuna

Pedro Cerbuna fue prior de la Seo de Zaragoza, y vicario general de la archidiócesis cesaraugustana, responsabilidad desde la que contribuyó, de manera decisiva, a la puesta en funcionamiento de la Universidad de la capital aragonesa (1583). Desde allí pasó a ocupar la sede episcopal de Tarazona (1585), y siendo obispo de la diócesis, tendría que sancionar las últimas actuaciones que habrían de acometerse en el primitivo templo medieval de Santa María de Calatayud, que, en cualquier caso, no conseguirían ampliar su espacio.⁵²

Fallecido en la ciudad del Jalón el 5 de marzo de 1597, su cuerpo recibió sepultura en el centro de la capilla mayor, en donde habría de permanecer incluso una vez iniciada la construcción del nuevo templo. La propia relevancia del personaje, sus virtudes religiosas, el reconocimiento tácito de una cierta responsabilidad en la puesta en marcha de la nueva construcción —o incluso es posible que el deseo de otorgársela—, habrían de garantizar que sus despojos pudieran continuar ocupando el lugar en el que se habían dispuesto, que seguiría siendo el de mayor preeminencia del nuevo edificio. Los restos de su tumba se descubrieron en el curso de la prospección arqueológica realizada en noviembre de 2011, pero solo pudieron reconocerse



Fig. 32. Lápida funeraria de Pedro Cerbuna, durante su restauración.

⁵² IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y ALEGRE ARBUÉS, J. F., *Documentos...*, *op. cit.*, pp. 36-37.

en su integridad durante la excavación llevada a cabo al final de los trabajos, en 2022. Consta, en primer lugar, de una gran lápida central realizada con piedra negra de Calatorao, en la que se labraron las armas y el lema del eclesiástico, y en segundo lugar, de unos pequeños bloques de alabastro dispuestos alrededor, creando un interesante contraste cromático, sobre los que habría de desarrollarse su epitafio [fig. 32].⁵³

La implantación del templo clasicista

Resulta imposible precisar cuándo comenzó la construcción del nuevo templo de Santa María, dado que existe un importante vacío en la documentación capitular que se extiende de 1591 a 1788,⁵⁴ pero los trabajos estrictamente constructivos ya debían de haberse culminado para 1614, fecha que figura en el libro que porta la representación de San Lucas que ocupa el tondo dispuesto en la pechina noreste de la cúpula del nuevo templo [fig. 33].⁵⁵

En este sentido, no sabemos si las obras se iniciaron durante los últimos años de la prelatura de Cerbuna, pero, de lo que no hay ninguna duda, es de que el grueso de la empresa tuvo que desarrollarse, necesariamente, durante el pontificado de fray Diego de Yepes, el religioso jerónimo que ocupó la sede episcopal turiasonense entre 1599 y 1613, y en menor medida, bajo el gobierno de Martín Terrer de Valenzuela, que, iniciado en 1614, cuando se estaba ultimando la decoración del nuevo templo, habría de extenderse hasta 1630.

Fuera como fuese, el resultado arquitectónico, que, ahora, tras la restauración del espacio interior de la colegial, todavía puede percibirse con mayor nitidez, tuvo que ocasionar, necesariamente, un impacto muy profundo en el contexto artístico aragonés del momento, sobre todo, por la coherencia con la que logró adoptarse la radical propuesta clasicista, que, iniciada en el epicentro cortesano —en Madrid, o El Escorial, por ejemplo— en los años sesenta del Quinientos, habría de conocer una extraordinaria fortuna en otros centros —sobre todo, castellanos, como Valladolid—, justo en el cambio de centuria.

⁵³ ALEGRE ARBUÉS, J. F., IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., “Hallazgo del sepulcro de Pedro Cerbuna, fundador de la Universidad de Zaragoza”, *Artígrama*, 32, 2017, pp. 405-412; BELTRÁN LLORIS F., “Los cinco epitafios de Cerbuna”, *Artígrama*, 36, 2021, pp. 563-582.

⁵⁴ IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y ALEGRE ARBUÉS, J. F., *Documentos...*, *op. cit.*, p. 37.

⁵⁵ Al hallazgo de la fecha, presentado en IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., ALEGRE ARBUÉS, J. F., NEBRA CAMACHO, V. y MARTÍN MARCO, J., *El Santo Sepulcro de Calatayud*, Calatayud, Centro de Estudios Bilbilitanos, Institución “Fernando el Católico”, 2017, p. 87, y fig. 58, p. 90, no tardó en añadirse el descubrimiento del nombre del más que probable autor de la policromía —Joan Ferrer— en la contracubierta del volumen sustentado por San Marcos (ALEGRE ARBUÉS, J. F. e IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., “La cúpula de Santa María la Mayor de Calatayud. Análisis arquitectónico a partir de su restauración”, en *Actas del X Encuentro de Estudios Bilbilitanos*, Calatayud, 15, 16 y 17 de noviembre de 2019, Calatayud, Centro de Estudios Bilbilitanos, Institución “Fernando el Católico”, 2020, vol. 1, pp. 197-208, espec. p. 203, y figs. 11 y 12, p. 207).



Fig. 33. Detalle del altorrelieve que representa a San Lucas, en el tondo que decora la pechina sureste de la cúpula, con inscripción de la fecha de su realización.

Aspectos tipológicos

Al igual que en la construcción del Santo Sepulcro, la gran empresa rival, que se estaba levantando, también en Calatayud, de manera rigurosamente contemporánea, la materialización del proyecto de Santa María implicó la inserción de un edificio de nueva planta, a una escala, y con una espacialidad claramente ajena a la preexistente. Sin embargo, si en el Sepulcro se optó por un modelo de cruz latina inscrita, en Santa María se apostó por el “falso salón” [fig. 34]; un subtipo arquitectónico surgido, quizás, por azar, con la configuración alcanzada por la catedral de Zaragoza a lo largo de su complicada historia constructiva,⁵⁶ que acababa de emplearse, por ejemplo, en la construcción de la colegial de Santa María de los Corporales de Daroca, iniciada en 1586,⁵⁷ y que, además de contar con el preceptivo módulo basilical de tres o cinco naves abovedadas a la misma altura, disponía de un transepto, cerrado al mismo nivel que el resto del templo, con algún tipo de lucernario en su encrucijada.



Fig. 34. Panorámica del conjunto de las bóvedas del templo, hacia la cabecera.

⁵⁶ IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y ANDRÉS CASABÓN, J., *La catedral de Zaragoza...*, *op. cit.*, pp. 198-204.

⁵⁷ IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y MARTÍN MARCO, J., “169. Proyecto para la construcción de la nueva iglesia colegial de Santa María de los Corporales de Daroca (Zaragoza)”, en Ibáñez Fernández, J. (coord. y ed.), *Trazas, muestras y modelos de tradición gótica en la Península Ibérica entre los siglos XIII y XVI*, Madrid, Instituto Juan de Herrera, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, 2019, pp. 636-659.



Fig. 35. Detalle del trasdós de las bóvedas que cubren la nave central, mostrando las riñoneras aparejadas a rosca, y los cierres, con técnica tabicada.



Fig. 36. Transepto y capilla mayor.

De acuerdo a la aplicación de un riguroso orden toscano, la nueva iglesia de Santa María se configuró como un gran salón de tres naves, de las cuales, la central, más ancha que las laterales, se cubrió con bóvedas vaídas, mientras que las laterales lo hicieron con tramos de cañón con lunetos. Desde el punto de vista técnico, las bóvedas de la nave central se voltearon gracias a un ingenioso sistema, en el que el enjarjado con ladrillo en saledizo habría de permitir la formación de los riñones con piezas dispuestas de rosca, y el cierre del resto con la técnica tabicada [fig. 35]. Por su parte, las bóvedas de sus naves laterales son, en todos los casos, tabicadas.

Además, en el templo bilbilitano se optó por conservar el transepto, cuya supervivencia habría venido determinada por el mantenimiento del eje transversal definido por la portada principal y el acceso al claustro [fig. 36], y se apostó por implantar una verdadera cúpula de planta circular, dotada de tambor cilíndrico, y coronada con una linterna, en su encrucijada. La iluminación, desplazada al contorno murario, se confió a unos altos ventanales rectangulares, que habrían de integrarse en unas sobrias composiciones termales.

La decidida opción por este modelo pudo obedecer al prestigio del modelo cesaraugustano, vinculado a las labores de promoción material y artística impulsadas por los diferentes arzobispos de la Casa Real que se sucedieron en gobierno de la archidiócesis cesaraugustana durante más de un siglo, pero también, al hecho, ahora conocido, de que la Santa María medieval también presentó la misma disposición en cuanto a sus naves.

En última instancia, conviene advertir que la nueva planta, que adoptará la misma anchura de la antigua iglesia medieval, se configuró sobre un rectángulo áureo, que, en-

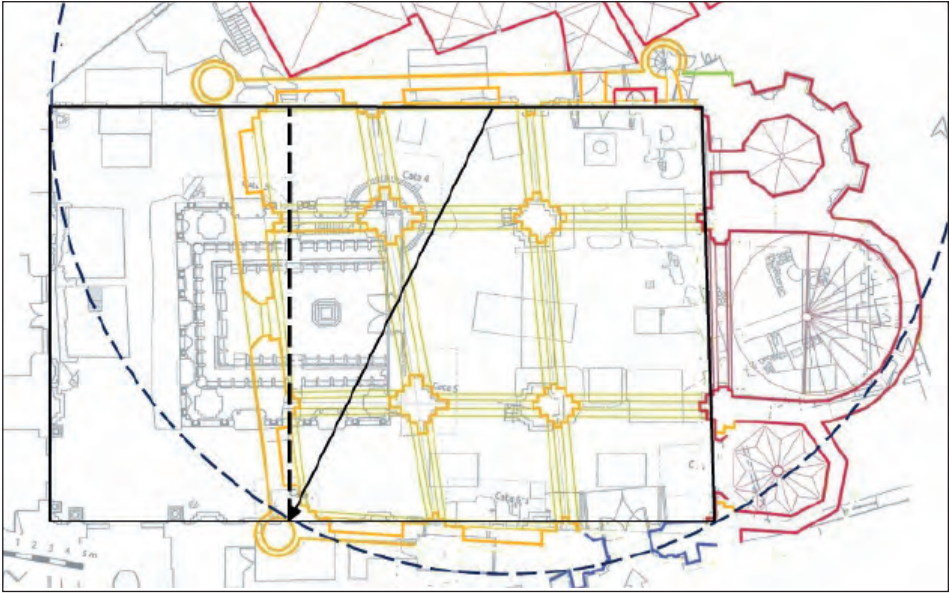


Fig. 37. Trazado regulador del nuevo templo, presentado sobre el estado actual y estructuras precedentes.

cajado entre la cabecera y los muros laterales de la edificación anterior, terminará prolongando su extensión hacia el oeste, lo que acabará implicando el derribo del hastial, cuyos restos, hallados bajo el coro, ya se han descrito unas líneas más arriba [fig. 37].⁵⁸

Condiciones constructivas de la nueva edificación

A pesar de la radicalidad con la que se impusieron tanto el modelo tipológico, cuanto el lenguaje empleado en su configuración, sobre todo, al interior, tuvieron que admitirse poderosos condicionantes, como la reutilización de importantes estructuras murarias preexistentes. Es el caso de la cabecera, y sobre todo, de la capilla mayor, que, alojada en el ábside medieval, ya había sido objeto de importantes actuaciones en el Quinientos. En efecto, tal y como ya se ha avanzado, sus muros, conveniente-

⁵⁸ Los trazados geométricos reguladores pueden rastrearse en arquitecturas de cualquier época y estilo, y hacerlo hasta el extremo de la pura especulación, o en busca de significados extraños que no se justifican. Lo cierto es que su aplicación facilita la práctica proyectual, favorece su racionalización y modulación, y la propia práctica constructiva, así como un sistema de proporciones equilibrado, y un encaje compositivo relacionable con la idea de orden. En definitiva, constituyen un rasgo específicamente arquitectónico de generación y control de la forma mediante operaciones de proyecto.

En el caso de la implantación del nuevo modelo de templo colegial, la imposición del trazado sobre un rectángulo áureo adaptando la traza de la construcción existente, es muestra muy evidente de la voluntad formal que alienta todo el empeño constructivo, en perfecta coherencia con la de la aplicación del nuevo orden clásico en secciones y alzados.

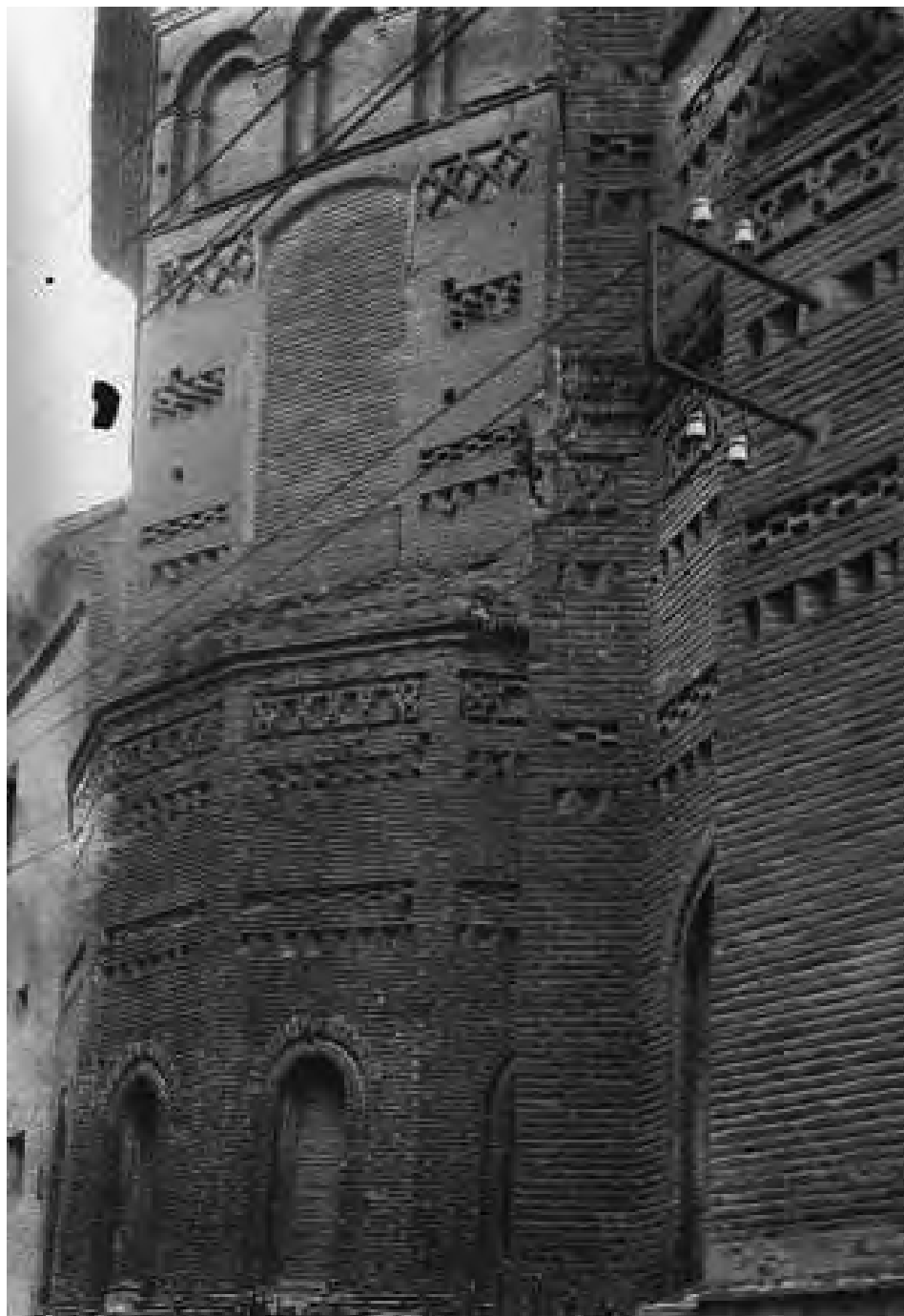


Fig. 38. Detalle de una fotografía del Archivo Mora, anterior a la restauración de 1969, en el que se muestra uno de los ventanales reformados y poco después tapiados.

mente recrecidos, se dotaron de nuevos vanos de iluminación, y el espacio debió de cerrarse con una bóveda nervada [fig. 31].

La construcción del nuevo templo también obligará a intervenir sobre este espacio. En este sentido, los ventanales se readaptaron a la nueva composición del orden interior, y además, vieron modificados sus perfiles, ya que se les otorgó más luz, así como unos característicos cierres en arco rebajado. Así se conservaban tras el retablo, y así podían reconocerse al exterior, aunque fueron cegados y condenados antes de la restauración de 1969 [fig. 38]. Por otra parte, si, como creemos, el presbiterio llegó a cerrarse con una bóveda de crucería en el Quinientos, esta solución terminará sucumbiendo ante la actual, que se volteará a mayor altura.

Además, todo parece indicar que la disposición del retablo mayor acabó imponiendo un cambio de criterio en una fase próxima a la terminación de las obras. En efecto, a diferencia del mueble realizado para la capilla mayor de la catedral de Tarazona gracias al impulso de fray Diego de Yepes (*ca.* 1605 y 1610),⁵⁹ que se con-



Fig. 39. Perfil superior del retablo mayor, visto frontalmente, durante las obras de 2012. Puede apreciarse el cegado de los vanos previstos y la forzada solución de encuentro de los remates laterales del retablo con el muro de cierre, que rompe el orden previsto en el muro.

⁵⁹ CRIADO MAINAR, J. y CANTOS MARTÍNEZ, O., *El retablo mayor de la catedral de Santa María de la Huerta de Tarazona*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses, 2015, pp. 19-24.



Fig. 40. Daroca. Antigua iglesia colegial. Capilla de la Anunciación o de los Terrer de Valenzuela.

cibió para adaptarse a la concavidad del espacio que tenía que acogerlo, el de Santa María se proyectó plano, y para no tener que renunciar a nada de espacio en el presbiterio, sus flancos se encajaron dentro de unas profundas rozas verticales, cerradas por improvisadas veneras, que, practicadas en la vieja fábrica, con el consiguiente riesgo para su estabilidad, terminaron interceptando el orden que se había aplicado al espacio, e imponiendo, a la postre, la condena de los vanos de iluminación que se acababan de remodelar [fig. 39].

La presencia de las armas de Terrer de Valenzuela, tanto en el retablo mayor, cuanto en la decoración escultórica de la base del tambor de la cúpula, así como la adición, al señal real, a las armas de Fernando el Católico, y a las de Carlos I —que pudieron utilizarse en las exequias de ambos monarcas antes de disponerse en el crucero y el presbiterio del templo—, de dos escudos de Felipe III, que también pudieron emplearse en las honras fúnebres celebradas tras su deceso, acaecido en 1621 —desde luego, esta es la fecha que figura al pie de uno de los blasones—, antes de disponerse en los muros laterales de la capilla mayor, parecen sugerir que todas estas adecuaciones se acometieron en el último momento, iniciada ya la prelatura de este nuevo obispo, y obliga a considerar, al menos como sugerentes, las innegables relaciones formales que podrían establecerse entre la capilla familiar construida por este eclesiástico en la iglesia colegial de Daroca, y la renovada capilla mayor de Santa María. No en vano, en la primera, desestimada la posibilidad de voltear la bóveda de crucería inicialmente prevista, terminó desarrollándose, sobre unas trompas avena-radas, una hiperornamentada solución cupulada (1601-1604) [fig. 40],⁶⁰ cuyos ecos quizás podrían rastrearse en la solución adoptada en Calatayud.

Dado su carácter frontero a las edificaciones del claustro, que optó por conservarse, el muro septentrional del templo se mantuvo prácticamente en su integridad, y tan solo se procedió a su recrecimiento; una circunstancia que ha permitido registrar todos los datos sobre el edificio medieval que se han expuesto en apartados anteriores.

Por lo que respecta al lienzo meridional, conviene advertir que el mantenimiento de la portada allí donde se había dispuesto en origen, obligó a idear una solución específica para la reedificación de la inmediata capilla de la Virgen Blanca, que terminó resolviéndose de una manera sumamente inteligente, que llevó a disociar su interior, de su exterior. No en vano, los constructores dotaron al oratorio de la profundidad proporcionada por los contrafuertes del templo, mientras que el deseo de respetar la oblicuidad de la portada les llevó a construirle, tratando de prolongar el plano defi-

⁶⁰ REULA BAQUERO, P., “La capilla de la Anunciación de la iglesia colegial de Daroca. Aportaciones documentales”, *Ars & Renovatio*, 3, 2015, pp. 32-71; MARTÍN MARCO, J., *Documentos para la Historia del Arte en Daroca y su Comunidad de aldeas entre 1601 y 1750*, Daroca-Calamocha, Centro de Estudios Darocenses-Centro de Estudios del Jiloca, 2020a, p. 13; MARTÍN MARCO, J., “La arquitectura clasicista en el sur de la diócesis de Zaragoza: vías de introducción y desarrollo entre 1601 y 1654”, en Guasch Marí, Y., López Guzmán, R. y Panduro Sáez, I. (eds.), *Identidades y redes culturales, V Congreso Internacional de Barroco Iberoamericano*, Granada, 30 de mayo-3 de junio de 2021, Granada, Ministerio de Cultura y Deporte, Universidad de Granada, 2021a, pp. 777-785, espec. pp. 779-780.

nido por la estructura de alabastro, toda una fachada exterior falsa, que, dotada de un ventanal, oculta la verdadera, que se sitúa algo más de dos metros hacia adentro.

Por otra parte, el análisis de las fábricas de la iglesia del Seiscientos permite descubrir algunas irregularidades, como la falta de un contrafuerte en su esquina no-roeste. En este caso, todo parece indicar que se renunció a la construcción de este elemento de contrarresto porque no se disponía de espacio allí donde tendría que haberse elevado; una decisión arriesgada, al menos, desde el punto de vista estructural, cuya adopción solo podría justificarse aceptando que primara, sobre cualquier otro aspecto, la voluntad de implantar la nueva arquitectura en la totalidad del templo, que se construyó aprovechando el caparazón vacío del anterior, pero renunciando a dejar a la vista cualquier huella del mismo al interior. Por eso, aunque Vicente de la Fuente creyó reconocer los restos de una iglesia medieval construida sobre pilares fasciculados y abovedada con crucería bajo el templo actual,⁶¹ interesa subrayar que el edificio preexistente, que ahora sabemos que nunca fue así, no llegó a respetarse. En efecto, no hubo enmascaramiento, sino una renovación completa en tipología, escala y estilo.

Restos del coro del Seiscientos

Tal y como se suponía, el coro que puede contemplarse en la actualidad se levantó sobre otro anterior, habilitado en el segundo tramo de la nave central a comienzos del Seiscientos. Los restos que pudieron examinarse tras las actuales mesas del trascoro permitieron determinar que la primera de las estructuras presentó una configuración en planta similar a la que ofrece la actual, y que debió de contar con dos capillas en cada uno de sus laterales, y casi con toda seguridad, con otras tres en su cierre occidental. Por lo demás, los vestigios analizados, correspondientes al nivel del zócalo, presentaban un diseño muy simple de paramentos pintados en blanco, negro y ocre, imitando revestimientos marmóreos [fig. 41].

El problema de la cúpula. Aspectos técnicos

Hasta donde sabemos, los dos primeros intentos de elevar una verdadera cúpula a la italiana, dotada de tambor, sobre la encrucijada de un transepto que se dieron en tierras aragonesas se plantearon en Calatayud, en la construcción de los nuevos templos colegiales de Santa María y del Santo Sepulcro, en el mismo contexto cronológico. El hecho de que ambas obras rivalizaron en presencia y modernidad parece bien reflejado, sobre todo, en el caso de la segunda, ya que la documentación exhumada permite determinar que terminó materializándose tras la adopción de importantes modificaciones con respecto al proyecto original, sobre todo, en lo que respecta a

⁶¹ Tal y como creía el erudito, *si fuera posible rozar los plastones de yeso y cascote con que probablemente se embadurnaron los haces antiguos de columnas para convertir el gótico en tosco género toscano, probablemente se hallarían debajo de esa corteza los restos de la primitiva arquitectura más ó menos destrozada; y también es posible que las molduras pesadas de la bóveda y sus dorados ocultan los nervios y aristones que sostenían la antigua bóveda* (FUENTE, V. DE LA, *Historia de la siempre augusta y fidelísima ciudad de Calatayud*, vol. 2, Calatayud, Imprenta del Diario, 1881, p. 365).



Fig. 41. Detalle de los restos de una de las capillas del trascoro inicialmente realizado en el Seiscientos, ocultos tras los altares barrocos actuales.

la cúpula, a la que se dotó de tambor una vez comenzada la obra, en pleno proceso constructivo, casi con toda seguridad, para emular a la que se estaba construyendo en Santa María [fig. 42].

Ahora bien, la elevación de una cúpula sobre un “falso salón”, la situación que habría de plantearse, precisamente, en nuestro templo, no permitía que la figura de este elemento pudiera hacerse presente al exterior, presidiendo el volumen del edificio; un objetivo, que, sin embargo, sí podía alcanzarse en iglesias de cruz latina inscrita, como la del Santo Sepulcro, o mejor aún, en templos de planta centralizada, como el del convento de las dominicas, levantado, asimismo en Calatayud, en las primeras décadas del siglo XVII.

Esta circunstancia se debía, sobre todo, al sistema que tenía que utilizarse para cubrir un “salón”: un enorme tejado a dos aguas cuya cumbre podía terminar alcanzando una altura lo suficientemente considerable como para impedir que el cuerpo del tambor pudiera llegar a emerger sobre las rasantes de la cubierta [fig. 43]. De esta manera, tenía que renunciarse a la posibilidad de que los vanos previstos en este anillo fueran operativos, y debía aceptarse que el único foco de luz fuera el de la linterna, que, por su disposición en altura, alejada del nivel del espectador, habría de terminar generando un inevitable, e indeseable, “efecto pozo”. Todo ello venía a evidenciar que el modelo de salón no facilitaba el encaje de una cúpula formalmente clásica, perfectamente definida y proporcionada.⁶²

Pero, además, en el caso concreto de Santa María, el tambor terminó resolviéndose con muy poca esbeltez, quizás, por la escasa seguridad que debió de ofrecer a los constructores la transmisión del considerable peso del casco, que, a diferencia del resto de bóvedas del edificio, se realizó con todas las piezas dispuestas de rosca, y además de alcanzar un espesor de un pie, se utilizó para disponer, directamente sobre su trasdós, la cobertura exterior de teja. En efecto, en Santa María no se siguió el sistema adoptado en otras estructuras binarias o dúplices, que habría llevado a cargar el tejado sobre el cajón exterior, contribuyendo de este modo a estabilizar los empujes generados. No obstante, siguiendo una práctica perfectamente documentada en el ámbito artístico bilbilitano, por lo menos, desde mediados del Cuatrocientos,⁶³ se incorporaron a la fábrica de ladrillo toda una serie de piezas de madera, que, convenientemente conectadas, conseguirían actuar como auténticos zunchos o cadenas de atado en aquellos puntos en los que la fábrica tenía que soportar importantes esfuerzos de tracción.⁶⁴

⁶² El problema habría de resolverse con éxito más adelante, con el diseño de cúpulas gallonadas, que permitían disponer los ventanales a mayor altura, en el nivel del casco o chalota, como en el caso de San Lorenzo, en Huesca.

⁶³ IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., “Sobre los otros cimborrios aragoneses”, *Revista de Historia de la Construcción*, 1, 2021, pp. 53-62.

⁶⁴ IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J. y ALEGRE ARBUÉS, J. F., “Del cimborrio a la cúpula. Innovaciones tecnológicas y cambios de lenguaje en la arquitectura aragonesa de la Baja Edad Media a la Edad Moderna”, en Nobile, M. R. y Scibilia, F. (eds.), *Tecnica costruttiva nel Mediterraneo. Dalla stereotomia ai criteri antisismici*, Palermo, Edizioni Caracol, 2016, pp. 47-64, espec. pp. 59-62.

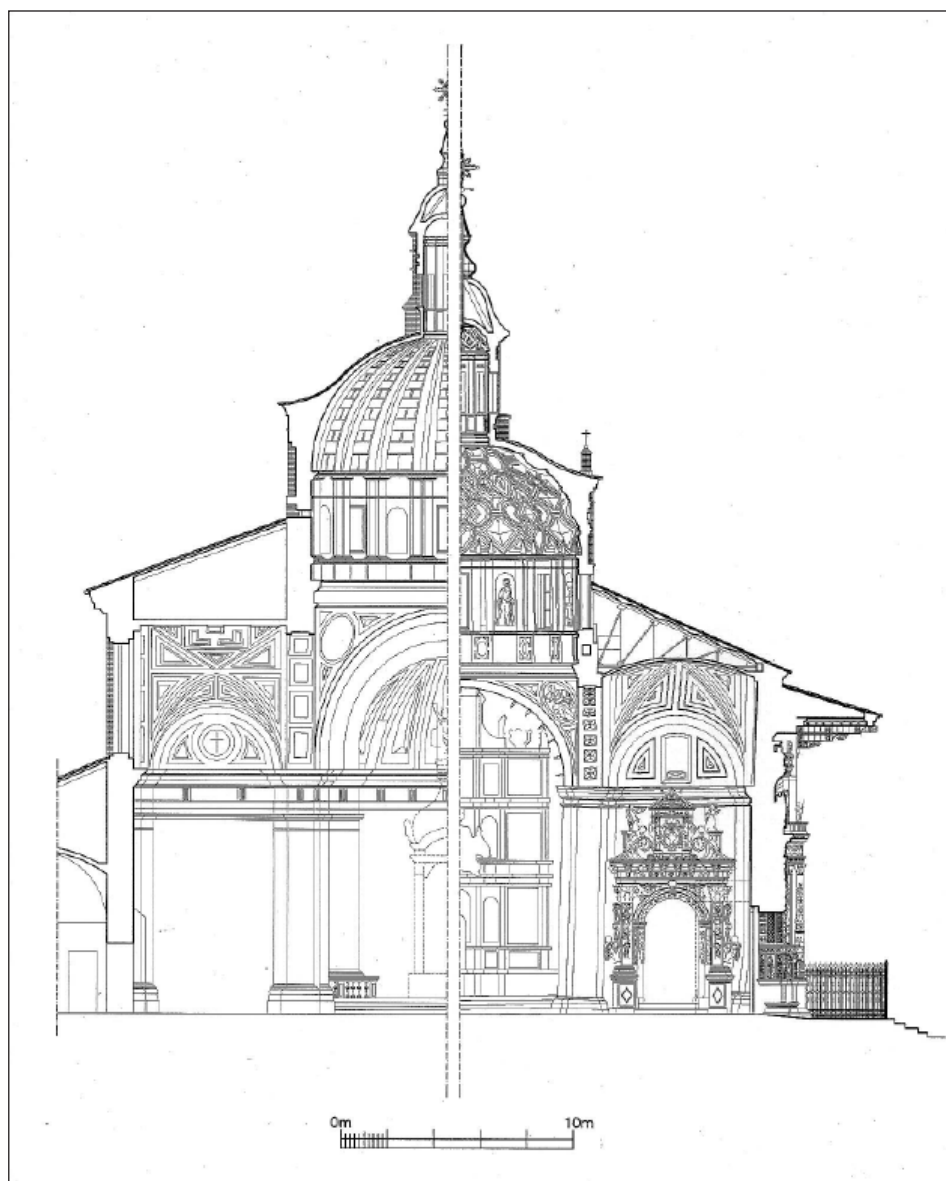


Fig. 42. Secciones comparadas de los cruceros del Santo Sepulcro (izquierda) y Santa María (derecha).

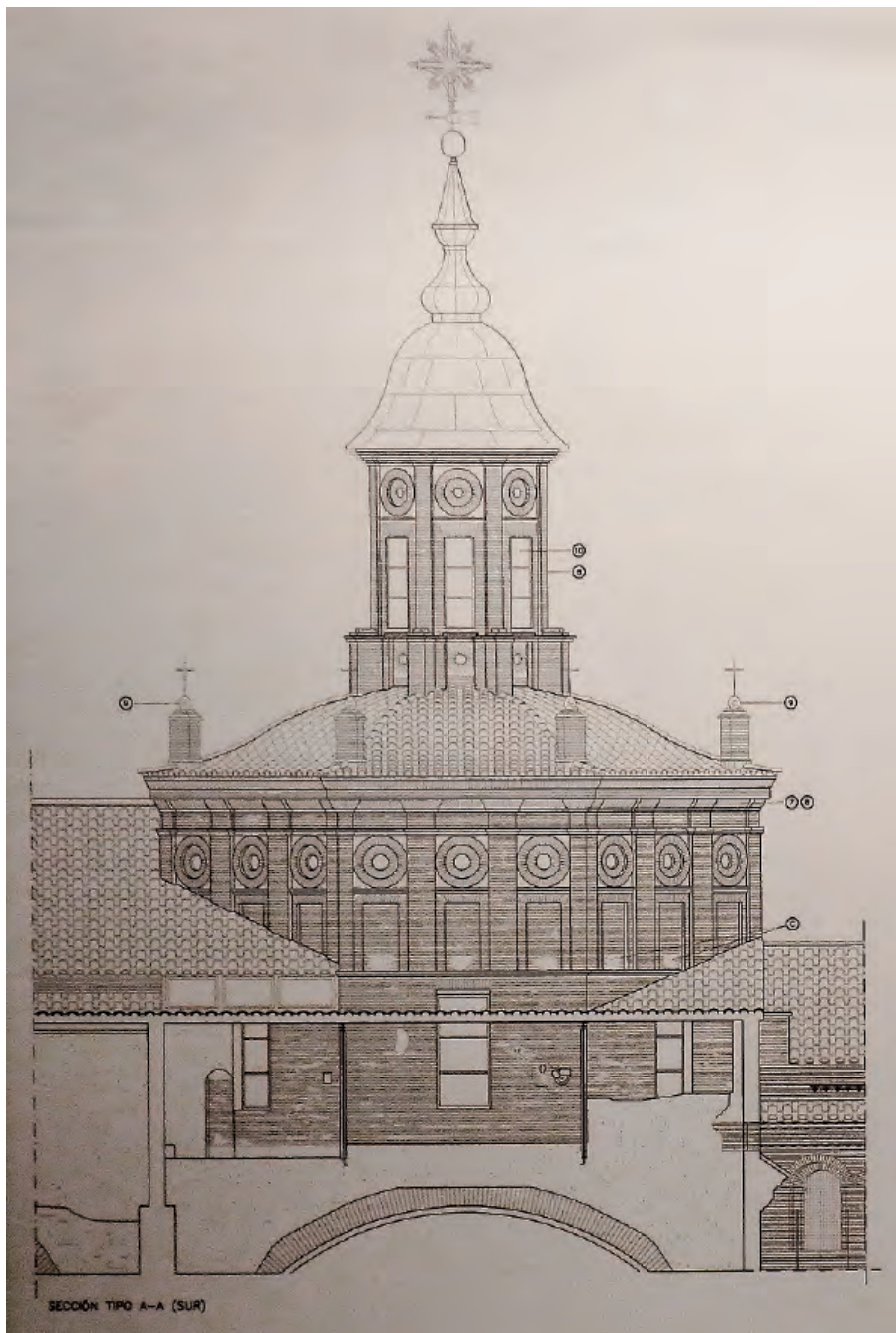


Fig. 43. Detalle de una sección longitudinal, a través del transepto sur, mostrando el alzado de la cúpula, parcialmente oculto bajo la cubierta. Véase también la sección transversal en la figura 42.



Fig. 44. Aspecto parcial del interior de la cúpula, con la ornamentación de yesos cortados y su efecto plástico, una vez recuperado su acabado blanco original.

Además, para asegurar el equilibrio en la sección transversal, se acometió el refuerzo estructural de la arcuación norte-sur en la que se integran los pilares sobre los que se levantó la cúpula, que permite el traslado de los empujes generados por este elemento a través del arco toral y de los perpiaños de las naves laterales hasta los muros perimetrales, en los que se procedió a estribarlos. Con este objetivo, se acometió el regruesado —es decir, el refuerzo por ensanchamiento— del contrafuerte dispuesto en el muro septentrional, que habría de quedar oculto [fig. 3, C.2] [fig. 5c], y se abordó la construcción, justo en el extremo opuesto, en el entronque de la arcuación con el muro meridional, de otro elemento de contrarresto, de ladrillo, que, a diferencia del anterior, habría de resultar perfectamente visible, ya que se situó al exterior, a la izquierda de la portada. Tanto el dimensionado final de cada elemento, como los refuerzos realizados sobre estribos preexistentes parecen reflejar una evidente preocupación por la seguridad estructural, pero todo indica que estas precauciones no se adoptaron por una poco —o nada— probable falta de seguridad o pericia por parte de los constructores, sino por las condiciones constructivas de la implantación, los materiales locales, y la gran deformabilidad del terreno de apoyo.



Fig. 45. Clave pinjante, probablemente, de la capilla mayor del Quinientos, reutilizada en el polo de la bóveda de la actual capilla mayor.

Novedades decorativas

Frente a la suntuosidad ofrecida por las tradicionales bóvedas nervadas de tradición tardogótica, que, decoradas con multitud de ligaduras y de combados, continuaban volteándose en tierras aragonesas a comienzos del Seiscientos, en Santa María se optó por la aplicación de la técnica de los yesos cortados [fig. 44], que, mencionada en la documentación del Santo Sepulcro, será descrita en el tratado de fray Lorenzo de San Nicolás más de dos décadas más tarde. En este caso, se aplicaron motivos clásicos, fundamentalmente, de raíz serliana, aunque también, otros más exóticos, por ejemplo, en el caso de la cúpula, obtenidos por el modelado *in situ*, mediante su-



Fig. 46. Vista cenital de la bóveda de la capilla mayor y la cúpula, con el retablo mayor en primer término, mostrando su completo programa decorativo.



Fig. 47. Trascoro.

cesivas capas de yeso, con diferentes áridos y cernidos, y un fino recubrimiento final de yeso blanco “de flor”, con un efecto de gran luminosidad.⁶⁵

Además, coincidiendo, probablemente, con las últimas fases de los trabajos, y con la realización del retablo mayor, los abovedamientos se completaron con toda una serie de piezas realizadas en madera dorada y policromada, algunas de ellas, de naturaleza estrictamente escultórica, y otras, las más, de carácter decorativo. Son pinjantes, algunos, claramente reutilizados, como el dispuesto en el polo de la solución adoptada en la capilla mayor [fig. 45], que, ligados a la tradición local, se utilizaron para ornamentar determinados elementos estructurales, y de esta manera, se incluyeron en los intradoses acasetonados de los arcos torales, en la trama geométrica desarrollada por el intradós de la bóveda volteada sobre la capilla mayor, o en las claves de todas las bóvedas del edificio.

Más allá de su posible carácter retardatario, e incluso impostado, en claro contraste con la sobriedad de la arquitectura que las acoge, todo indica que estas piezas se emplearon para privilegiar, al menos, desde el punto de vista decorativo, sobre todo, la encrucijada del transepto y la propia capilla mayor [fig. 46]. En este sentido, nos inclinamos a pensar que se utilizaron para jerarquizar un espacio interior que debió de resultar extraordinariamente homogéneo y unitario en origen, antes de que este equilibrio comenzara a tensionarse con la inclusión de otros elementos, como el coro [fig. 47], o algunas de las portadas de las capillas laterales, cuya potencia desde el punto de vista decorativo parece venir a evidenciar que se concibieron con la —indisimulada— intención de generar, señalar y establecer, nuevos hitos y lugares de preeminencia. Una vez iniciada esta inopinada carrera, terminará desatándose una suerte de competición que habrá de saldarse, sobre todo en lo que se refiere a los accesos a los oratorios, con un espléndido catálogo de soluciones barrocas, que se extiende desde comienzos del Seiscientos, hasta bien avanzada la segunda mitad del siglo XVIII.

⁶⁵ ALEGRE ARBUÉS, J. F. e IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., “La cúpula de Santa María...”, *op. cit.*, pp. 197-208.



AYUNTAMIENTO
DE CALATAYUD

